Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

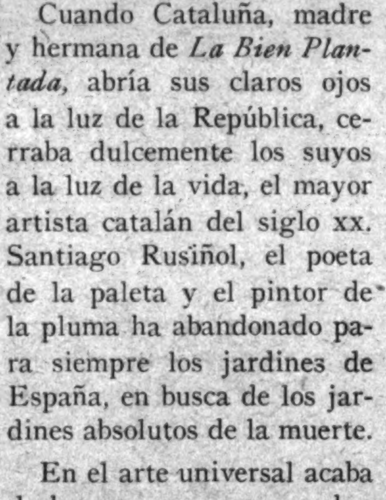
Tomo XXIII — San José, Costa Rica — 1931 — Sábado 5 de Setiembre — Núm. 9

Año XIII. No. 553

SUMARIO

Santiago Rusiñol

—*Envío del autor*—



Cuando Cataluña, madre y hermana de *La Bien Plantada,* abría sus claros ojos a la luz de la República, cerraba dulcemente los suyos a la luz de la vida, el mayor artista catalán del siglo xx. Santiago Rusiñol, el poeta de la paleta y el pintor de la pluma ha abandonado para siempre los jardines de España, en busca de los jardines absolutos de la muerte.

En el arte universal acaba de hacerse una gran sombra con la desaparición del mago del paisaje mediterráneo, del poeta de la sensibilidad hiperestesiada, del dramaturgo de aliento vital.

Lo conocí dentro de su propio marco, en una tarde de otoño, lejana ya. Sabíamos que pintaba en Aranjuez, y allá fuimos a buscarle, llevando una carta de su primo José María Prats, que a la sazón vivía en Quito y que aquí se quedó para toda la eternidad. En los cortesanos jardines del Rey Carlos IV encontró el cronista a ese divino robador de jardines, en momentos en que trasladaba a su lienzo toda la gracia señorial que elegantiza el mágico recinto. Rusiñol estaba entonces en plena madurez y en el cenit de su genio. Ninguna cabeza de artista mejor plantada sobre hombros esbeltos que la de ese maravilloso catalán. Perfil latino, soñador, con ojos inundados de azul; melena absalónica, como para quedar presa en los boscajes; barba florida como una gentil mata mediterránea, nariz olfateante de brisas, boca de labios finos e irónicos, cuerpo cenceño, y manos creadoras. Estaba embebido en su lienzo que emergía de la labor perfecta, como



Santiago Rusiñol

una visión vivaz, cuando le sorprendió el cronista. Suspendió su labor y manifestó verdadera alegría al recibir la carta y noticias de su primo. El resto de la tarde pasamos juntos. Él siguió trabajando hasta que la luz, como una mujer radiante y tornadiza, nos abandonó. Luego recogió sus bártulos y nos dirigimos a la fonda del pueblo, donde él se alojaba. En el mesón aquel y ante un yantar de castizo abolengo, él nos contó su vida florecida de amables y pintorescos episodios, entre los cuales se encuentra aquel de la Clínica parisina, a la que en su juventud torturada fué a dar el artista, que había buscado el beleño de todos los venenos y el veneno de todos los beleños. *Convaleciente de exquisitos males* se hallaba ya, cuando hizo amistad con otro convaleciente cuyo nombre ignoraba. Un día éste le dijo: *"Me inspiráis una inmensa simpatía porque os parecéis extraordinariamente a una persona a quien adoro"*: *"Sí, a Alfonso Daudet"*, contestó Rusiñol. Efectivamente, el parecido de los dos grandes artistas, era una realidad. El joven amigo de Rusiñol resultó ser León Daudet, hoy el más fuerte prosador de Francia y una de las más famosas figuras europeas.

Santiago Rusiñol y Prats fué hijo de Barcelona, en donde había nacido el 25 de Febrero de 1861. La ciudad reina del Mediterráneo, sobre la cual se ha hecho caer una estúpida leyenda de mercantilismo, es fina y sensitiva como la urbe más ilustre y refinada. Todas las excelencias mediterráneas de gracia, claridad, sonrisa, armonía y azul florecen en la ciudad maravillosa, que recibe de lleno los besos del sol de oriente y se abre ante el Mediterráneo como una enorme concha colmada de plenitudes. Flor y airón de la ciudad artística ha sido el gran poeta de la palabra y del color, que acaba de entrar con paso sereno en la inmortalidad.

Vástago de una familia de activos industriales, Rusiñol comenzó a trabajar en el escritorio de su abuelo, fabricante de teji-

dos. En un medio tan opuesto a su temperamento permaneció desde la adolescencia, hasta los 25 años, en que impulsado por una vocación irresistible entró en el taller del pintor Tomás Moragas. No satisfecho ni con el maestro, ni con el ambiente, marchó a París donde vivió siete años, trabajando en Montmartre con Canudas y Miguel Utrillo; y en el Quai d'Orsay, con el potente Ignacio Zuloaga. Asistió algún tiempo a la Academia de Clichy, donde le tocó ser discípulo de Puvis de Chavannes. Los primeros trabajos pictóricos de Rusiñol son de figuras torturadas, envueltas en un halo de misticismo, muy del Greco. Las únicas producciones que se recuerdan de aquella época son los lienzos titulados *La Morfina* y *La última receta;* cosas muy de fines del pasado siglo, tocadas de una morbosidad lamentable y lacerante. Rusiñol sostiene una lucha tremenda con la influencia del Greco: trataba de ser el Greco de los paraísos y de los infiernos artificiales de su época.

De todo ello se libertó un día glorioso en que el gran artista, como en un nuevo camino de Damasco, se encuentra a sí mismo, después de haberse estado buscando en vano. Es la hora de la revelación epifánica de los jardines de España. Cancela para siempre su trato con la figura humana en el lienzo; y, como un elegido, se despoja para la inmortalidad con la eterna naturaleza. De este connubio místico, nacerán como hijos de milagro los más divinos paisajes de la pintura españoľa de nuestro tiempo. En ellos se han fundido, en un casto beso de luz, el alma del artista y el alma de España florecida. ¡Anchos y febriles paisajes catalanes, rojos y reverberantes paisajes mallorquines, dieciochescos jardines de Aranjuez, estilizados jardines del Generalife, brujos jardines de la Alhambra, deslumbradores paisajes de Valencia; toda el alma de la España mediterránea está apresada en vosotros! ¡Alma sutil y múltipe, alma compleja y proteica que canta con las gamas de todas las tintas, desde la dionisiaca plenitud, hasta la luz de luna moribunda. En esta magna sinfonía de todos los colores, domina el tiempo *maestoso* y lento. El do casi no se llega a dar. Hay un *sherzo* en la policromía que tiembla, espiritualizándose. En esos lienzos canta el Ruiseñor de Cataluña, y se hacen también profundos silencios musicales. En ellos se manifiesta el alma mediterránea con sus dulzuras y todas sus finura milenarias. Ellos constituyen el ápice glorioso del arte de Rusiñol. Jamás ninguna alma de artista, vaciándose en jardines, llegó a encontrar forma de expresión más perfecta. Los jardines son para Rusiñol la suprema cifra de todo su arte, la clave de su estética... "Los jardines, dice el pintor, como todo lo que inventa el hombre sirviéndose de los recursos que le presta la madre Naturaleza, llevan el sello del invento; revelan el carácter y las costumbres del pueblo que los ha creado; nos inician en los íntimos secretos de sus gustos; explican una tendencia o una escuela; son el arte de hacer arquitectura con los árboles y las plantas, y de expresar un instinto, una visión o un destello de la imaginación humana. Considero tan importante el misterio de los jardines para juzgar el carácter de la época, que basta imaginarse un estilo para ver el fondo de verdura que le cuadra. Yo me imagino los jardines primitivos italianos como llanura tapizada de lirios y azucenas, árboles plegados y candorosos por fondo, y flores de colores apagados bordando una hierba mate extendida, en laderas de suavísimo relieve; me imagino un jardín romántico como un edén desordenado; un jardín misterioso envuelto entre lianas, cubierto de hiedra, abrazando las carcomidas estatuas, pintadas por el musgo; llorando agua las fuentes y el mármol patinado por la luna; me imagino los jardines realistas, convertidos en un huerto productivo, así como los jardines modernos los imagino formados de árboles y plantas espirituales y de sentido simbólico: grandes laureles, mirtos, cipreses y laureles rosas, en severos muros, y cerrando la vista a toda vulgar perspectiva; lilas y lirios alineados y plantas acuáticas dormidas sobre estanques quietos y misteriosos; grupos de flores formando con sus colores el arco iris o agrupadas en tonos complementarios, y todo envuelto en un místico aroma de refinado buen gusto, todo mate y nadando en vaga neblina, como orquesta afinadísima donde el alma gozara un absoluto reposo"... Las palabras que acabamos de copiar, nos están probando que el gran artista desaparecido, pintó casi exclusivamente jardines, no sólo llevado de la divina intuición del genio, sino guiándose también por su conciencia de admirable esteta.

Si sólo hubiera muerto el gran pintor, los telones tremendos del olvido no hubieran podido velar la luminosidad traspasante y poderosa de su obra. Queda en pié también y para siempre, en el centro de la dramaturgia catalana, y al lado de la figura apostólica del inmortal Guimerá, la figura sugestiva de este otro poderoso forjador del Teatro Catalán contemporáneo, en el que ha levantado con un esfuerzo gigantesco, patente en más de cincuenta obras, uno de los arcos torales, en cuyas claves se destacan, con relieves de universalidad obras tan grandiosas como *El Místico, La Madre, Buena Gente;* tan maravillosamente sensitivas, como *La Alegría que Pasa, El Buen Policía, El Jardín Abandonado, El Patio Azul;* y tan deliciosamente irónicas, como *Un Buen Hombre, ¡Libertad!, Cigarras y Hormigas, El Enfermo Crónico, De Alivio, Gente Bien*, etc.

En todo este frondoso bosque dramático, y del cual los que no estamos familiarizados con el noble idioma de Mosen Jacinto Verdaguer, sólo conocemos los árboles maravillosos a los que nos han llevado, de la mano traductores tan excelsos, como Joaquín Dicenta y Jacinto Benavente; bastaría una sola obra, *El Místico*, prodigio de inspiración, de realismo, de ensueño, de poesía de anhelos generosos y de justicia social, para colocar a su autor entre los máximos creadores del teatro universal contemporáneo.

No bastándole ser maestro de paisajistas y de comediógrafos, Rusiñol, fué, además, cronista, periodista, cuentista, articulista delicioso, cuyo espíritu anima y animará los más exquisitos libros escritos en catalana lengua.

Al pasar el Arcángel negro de la muerte por el palacio-museo de *Cau Ferrat* (nido de hierro), de Sitges, en donde se ha evaporado como un perfume esta maravillosa vida de artista, de seguro se habrá estremecido, con un temblor de duelo, la estatua del Greco, que Rusiñol mandara a erigir en la plaza principal de la marinera villa. Y clamando por el alma del poeta del color, de una garganta invisible habrá surgido esta plegaria que él mismo solía rezar a la luna:

"Casta amada de Osiris. Patrona de Cartago. Dulce amiga de las riberas del Nilo. Fanal de las ruinas. Consuelo del crepúsculo. Libro de plata de los tristes, de los poetas, de los enamorados. Astro de eterna quietud. Blanca sirena de melancólica mirada..."

César E. Arroyo

Quito, 1931.

Estampas

— Colaboración directa —

La carretera interoceánica, órgano de la expansión comercial imperialista yanqui.

Junta de Carreteras: el dogal del compromiso?

¡Qué fácil es integrar juntas con hombres débiles o malvados!

Los periódicos llevan sus noticias a todos los confines del mundo y siempre hay ojos curiosos para recogerlas. Los nuestros han dado hoy, sobre la cubierta del barco que zarpó al atardecer en medio de la servil y mordaz curiosidad de la gente del puerto, con la primera página de un diario norteamericano. Lo dejó caer junto a nosotros un turista yanqui que miraba hundirse en las bodegas los últimos racimos de banano. En titulares robustas leimos el nombre de nuestro país. Recogimos la hoja impresa y nos informamos de sucesos muy importantes. El encabezamiento es sugestivo: *Engineers Face Death and Hardship in Jungles of Costa Rica to Survey Inter-America Route*. El periodista dió la noticia sirviéndose del informe enviado desde San José a los Estados Unidos por el señor D. Tucker Brown, ingeniero del "United States Bureau of Public Roads". La juzgamos de mucho valor, porque el asunto de la proyectada carretera interamericana es de grandísima importancia para Costa Rica. No podemos dormir, debemos vigilar, meditar en lo que ha de significar la red de caminos impuesta sobre nuestro territorio por el Gobierno de Norte América. El ingeniero D. Tucker Brown es agente de esa expansión, como lo son los exploradores aéreos que vienen a fotografiar el territorio bajo el pretexto de que ayudan a trazar la ruta de la gran carretera. Por eso interesa la experiencia que recojan y sitúen en informes para el poder que los instruye y les da medios de trabajo eficaz.

Refiere Tucker Brown que su expedición por las regiones del Sur de Costa Rica ha sido de las más duras que haya emprendido. Entre los exploradores había uno que navegó y exploró en el alto Amazonas: es decir, que realizó una hazaña grande. Pues ese valiente afirma que ha sido peor lo que ha padecido cruzando el Cerro de la Muerte y librándose de los torrentes del río Savegre. ¡Ah! pero servían a su país, trazaban la ruta de una gran carretera comercial y militar, del comercio y del ejército norteamericanos. No pueden sernos indiferente la obra de esos exploradores. Son agentes de un plan de conquista y lo que digan y recomienden para realizar ese plan, ha de movernos profundamente. No son gente que pasa influida del espíritu del técnico, del hombre de ciencia que no ve sus especialidades ni su saber vinculado a una gran empresa de conquista. Aprenden, se especializan para hacer más eficaz el ojo que mira las riquezas naturales de estos países, los puntos para asentar bases aéreas o mercantiles. ¿Qué informa Tucker Brown al "Bureau of Public Roads" acerca de los ríos que estudia? Que el Río Savegre "tiene una potencia tremenda para el desarrollo de caídas de agua". ¿Qué dice del valle de *El General?* Que es "rica región y accesible, inculta por completo, habitada principalmente por indios, con grandes posibilidades para la agricultura". ¿Qué dirá de otras riquezas naturales de Costa Rica? Su mirada inteligente ha debido encontrar un mundo de inmensas posibilidades para el plan de expansión de Norte América. La agencia que lo destacó a nuestro suelo debe contar con todos esos preciosos datos. Por lo pronto sabemos ya que las caídas de agua no son indiferentes al trazado de la carretera interamericana. Sabemos que tampoco lo son las regiones feraces del Sur. Y otra cosa sabemos también, y es que cuando los Estados Unidos forman un plan de conquista no dejan fuera de sus alcances nada que en un país signifique complemento de ese plan. La carretera interamericana con que halagan nuestro indigenismo no está limitada a los cincuenta o cien metros de ancho que cubrirá la trocha. Esta trocha es el cauce al cual tendrán que llegar todas las actividades libres del país. Ya sabemos que en el Sur hay un Río Savegre que generará toda la energía eléctrica que por ese lado necesite la carretera interamericana. Ya sabemos que hay un valle de *El General* sobre el cual es posible hacer florecer una inmensa población que resguarde la carretera y produzca cuanto se consuma allí y fuera de allí. De modo que esa pildorita de la carretera con fines comerciales va perdiendo su alfeñique y para la mirada despierta lo que se ofrece es una grande y terrible esclavitud. Ya comentamos en otra *Estampa* que el fin presente es evitar el escándalo. No conviene al Departamento de Estado estadounidense que lo ocurrido en Panamá cuando se pretendió obligar a ese país a aceptar un tratado para la construcción de carreteras, vuelva a repetirse. La píldora se confita con otro almíbar. Pero no hemos de paladearlo. Comprendemos que ese "United State Bureau of Public Road" que ha tomado a su dirección el trazado de la ruta de la carretera, es una de las tantas cabezas de la hidra imperialista. En su país dará admirables resultados, pero cuando como ahora, lo vemos invadiendo territorios extraños bajo la idea de servir los planes de una carretera comercial libre, un sentimiento de defensa nos dice que es amigo peligroso.

Tan peligroso que ya lo tenemos dando sus frutos. ¿Qué hacen ciertos hombres que pueden hablar por el país, legislar para el país? Se empeñan en crear organismos con funciones idéntica o parecidas a las de ese "Bureau of Públic Roads". Es decir, se centraliza, mejor dicho, se despoja al país de su capacidad para tratar el negocio de la construcción y administración de los caminos públicos, y se lleva a una junta. Ya en otra ocasión el agente de propaganda en Costa Rica de la carretera interamericana, movió la misma idea. Recordemos que convocó a reuniones y eligió directiva y presentó estatutos. Su empeño era construir caminos, habilitar el país. Pero no había estímulo para que la directiva perdurara y murió allí la cosa. Hoy se revive la cuestión, pero con un impulso grande. Se quiere que el Congreso dé la ley creando la junta de carreteras. No nos sorprendería la iniciativa, si ya antes no hubiera andado en el mismo empeño el agente de la carretera interamericana. El país adquiere obligaciones creando un organismo en el cual se centralice la construcción y administración de nuestros caminos. ¿Y sabemos cómo funcionará ese organismo? ¿Qué individuos lo integrarán? ¿Qué atribuciones tendrá? Todas estas son cuestiones de importancia que no podemos dejar sin respuesta clara. El país puede decir que providencialmente el organismo, la institución mejor dicho, que se llema Servicio Nacional de Electricidad, recibió una Junta formada por hombres de visión e integridad total. Pero esos sucesos son raros y no los ve dos veces un país que está lleno de individuos sin noción de lo que es una patria, descastados al atisbo de todos los negocios podridos. No puede verlos dos veces un país tan acechado por los grandes interes desbordados del Norte. El negocio de las carreteras es uno de los grandes negocios. Verlo como cosa sin importancia es un error grave. Por lo pronto nos pasa lo mismo que con el negocio de la electricidad nacionalizada. La gran mayoría de los habitantes de la república permanece indiferente e incomprensiva de lo que significa mantener la electricidad explotada y controlada por el Estado. Mas cuando los años pasen y los usos de la electricidad vayan siendo infinitos, entonces sabremos por qué los grandes costarricenses de la Junta del Servicio Nacional de Electricidad, se baten en una lucha a muerte contra los poderes de afuera que quieren matar la legislación que nacionaliza electricidad y medios de producción. Cuando todas las regiones del país usen la electricidad, necesiten usarla para poder vivir, como usan el agua para igual menester, entonces surgirá heroica y majestuosa la figura de los hombres que defienden la legislación eléctrica.

Pues con las carreteras, decimos, se nos presenta una cuestión trascendental. La creación de una Junta que las construya y administre es el complemento del plan que realiza la construcción de la carretera interamericana. En el fondo no hay otro objeto en la creación del nuevo organismo. A los

fines del "United States Bureau of Public Roads" conviene tener un organismo en este país con quien tratar la construcción de su carretera. Con ese organismo convendrá en qué le cederá el país a la civilización que nos traerá la carretera. Porque será carretera de civilización, aunque cuando hayamos contraído la deuda de diez millones de dólares que nos tienen presupuestados los del "Bureau of Public Roads", tengamos que entregarla al mismo "Bureau" para que la administre y se vaya amortizando la deuda altísima. Con una Junta es más fácil entenderse, siempre que esa Junta no esté formada por hombres que quieran a su patria por sobre todas las cosas. ¡Y qué fácil es integrar juntas con hombres débiles o malvados! ¡Qué fácil es integrarlas en un país acechado por la cobardía y las conveniencias!

Bien, el recorte que el turista dejó caer junto a nosotros, nos ha dado meditación para una *Estampa*. Es admirable el poder de difusión de la hoja impresa. A este confín del mundo situado en medio de dos canales yanquis llega la noticia lanzada por un diario también yanqui. Un curioso pone en ella sus ojos y escribe a su país, a los hombres y mujeres de su país, los comentarios que esa noticia le sugiere una noche llena de brisa marina. ¿A la orilla de qué curioso llevará *Repertorio Americano* la noticia que damos de ser la carretera interamericana una de las negras esclavitudes que el imperialismo norteamericano nos prepara?

Juan del Camino

Limón y setiembre del 31.

Persiflage

— *Colaboración directa* —

Aburridos de Bizancio hicimos fuga a la Alejandría del 236 A. D.

Lección de Plotino sobre el amor entre los griegos

Para don *José Fabio Garnier*, antiguo director del Instituto de Alajuela, hombre que por el estudio, el espíritu y las aficiones es buen alejandrino *de nos jours*

Gissing quiso ir a Alajuela. Fue Maruxa quien le infundió la idea, quien le encendió y avivó el deseo. Porque llegara a unírseles el clavel moreno, mi viejo amigo me mandó recado urgente de formar en su compañía. En la ciudad de la estatua hicimos coro aparte. El camión nos dejó cerca de sombra donde reposar. Bajo el atardecer y sobre el adornado pedestal, Juan Santamaría echaba su carrera de bronce,—de espaldas a Rivas,— hacia donde van los héroes, que es a ninguna parte. El enano cartaginés, ganadero inquieto, llegó un momento a saludarme. Estuvo muy cortés, recordando, sin duda, aquella mañana herediana cuando quise que conociera a Galileo. Apenas si se detuvo a nuestro lado. Tenía programa de baile que llenar. ¡Qué enano bailarín!

Tocaba una marimba. Maruxa se quedó como en éxtasis, con los ojos, descoloridos, más vacuos que jamás, con los labios, gruesos y húmedos, abiertos en pampa, y con las encías, desdentadas, expuestas a todas las moscas, cosa que me pareció pariente de lo obsceno. Las gentes que tienen fea boca no debieran, por pudor, abrirla delante de sus semejantes. Gissing estaba absorto en su pensamiento sin que yo pudiera, ni quisiera, adivinárselo. El clavel moreno estaba a mi lado. El clavel moreno estaba conmigo. Eso me bastaba.

¡Qué linda se veía de rivense del tiempo ido! Lo largo de la enagua,—que los fustanes, almidonados y adornados de tiras bordadas, esponjaban,—le daba consistencia de mujer hecha y derecha. Bien sabía yo, sin embargo, cómo, bajo la ficción de la ropa pretérita, se ocultaba la realidad morena, tibia, esbelta, de sus caderas, delicada, virgínea, redonda, de su fundamento, lisa, firme, con un solo hoyuelo, de su vientre, y doble, larga, exquisita, de sus piernas, ríos las dos, para mí Tigris la una y Éufrates la otra. Pero me encantaba que pareciera, con su vestido faldoso de zaraza colorida, mujer grande ya, mujer, digamos, capaz de pasar por las calles de Alajuela, como aquella que pasó, pandeado atrás el espinazo, chiqueándose al andar, para mantener el equilibrio de grávida barriga. Al margen de esto giraba con vuelo de abeja la conversación rumorosa que ella y yo nos traíamos. Entre que le comprara una muñeca o le pegara un hijo, no podía, era evidente, decidirse. El clavel moreno nunca ha tenido muñeca como las que ha visto, días pasados, en las tiendas de San José y, toda la vida, en sueños. Le encantaría tener una. Pero un tiernito también le encantaría tener. "¿Y que te lo pegue yo, verdad, que te lo pegue yo?" Y ella ha contestado: "Sí . . . ¡Qué dicha!" Y luego me ha mirado largo. Y luego ha dicho: "Si me compra la muñeca, que sea machita". Y luego: "Hay de dos clases, unas que hablan y unas que no". Y luego: "Me gustaría que hablara, pero las que no hablan son mayores". "Te compraré, pues, de las que no hablan", le digo. Y ella me mira otra vez largo, y suspira, y dice: "Cómpreme la que usted quiera". Debajo del rebozo sedado le he estado acariciando los pezones, y se le ponen duros. A lo lejos sigue la marimba. No hay música sensual como esa de negros y de indios. Cuando cesa hay un fragor de aplausos como yo me imagino que ha de ser la tumbazón playera en isla de naufragio. La marimba cesó y me dejó náufrago en una emoción.

El enano había vuelto y tenía trabado argumento con el viejillo Gissing. El enano tenía puesto un gorro frigio en la cabeza. "Los pueblos necesitan un héroe, y si no lo tuviéramos tendríamos que inventarlo", decía el enano. "Los pueblos lo que necesitan es la verdad", respondió Gissing. "La verdad es lo que cree el pueblo", replicó, astuto, el enano, y parecía un autogiro que comenzara a alzarse, tal era el movimiento que hacía con los brazos. La marimba comenzó de nuevo y el enano corrió a sacar a su pareja. Anochecía y todas las luces se prendieron "¡*By Jove*",—exclamó Gissing —"que esto es Bizantino!" Alguien había vitoreado a Teodoro, por cuya orden imperial la tea incendiaria de Juan Santamaría se había vuelto bombilla de luz eléctrica *made in U.S.A.* "*By Jove*", exclamó Gissing descontento,—"salgamos de Bizancio!"

Tomamos rumbo al suroeste y, una vez vencido el estrecho de los Dardanelos, seguimos hacia el sur, virando ligeramente hacia el este, hasta entrar, atravesando el Mediterráneo, y por el brazo canópico del delta del Nilo, a la rada de la antigua Alejandría. ¿Qué diré de las islas de amor entre las que habíamos pasado? ¿Todas aquellas parejillas no cantaban, acaso, el *Pervigilium Veneris* de que nos habla en *Mario el epicúreo* Walter Pater? Islas de amor, Lesbos y Chipre y Amatunte y Melos. *Cras amet qui nunquam amavit, quique amavit cras amet!* El bullicio de Alejandría nos obligó a ocultar el deleite. "Mejor me das la mano",—le dije al clavel moreno—"no te me vayas a perder". "¿Y la muñeca?" "Aquí en Alejandría las hay mejores que en Bizancio". "¿Mejores que en San José?" "Mejores. ¡Si te me perdieses me moría!" Las manitas le sudaban. En Alejandría hace un calor delicioso. ¡Qué espeso el aire que se respira aquí! Llenos de él, los pulmones se sienten bien cargados. ¡Dios, y qué olores! De mar, de río, de lago, de jardín.

El desembarcadero queda, cerca del Hipódromo, al extremo oriental de la ancha calle larga que atraviesa a la ciudad y remata, al occidente, en la Necrópolis. Divide esta calle a la ciudad en norte y sur, y la corta a su vez otra de igual amplitud que forma cruz con ella y parte a la ciudad en cuatro cantones bien definidos. Nos lo explica el guía. Es egipcio. No tendrá mucho arriba de treinta años. Habla un griego mal pronunciado a veces pero lúcido. Cuando salió de Licópolis, que queda Nilo arriba, nos confiesa, no hablaba griego todavía. En Alejandría estudia. En la mano lleva un papiro enrrollado con el que señala los rumbos de la ciudad. Se le va acabando la pequeña herencia con que vino a comprar sabiduría. Por eso trabaja. Su patrón es Ammonio,—el mismo que se encargara de llevarnos a hospedaje adecuado,—apellidado Saccas, esto es "mozo de cuerda" o "cargador", a quien, sin embargo, nuestro guía llama "el maestro". Gissing quería lugar cerca de la Biblioteca, o bien por el *Sera-*

peum. Yo me contenté con decir que cualquier rumbo me parecía bien con tal de hallar lecho muelle para ella, que ya tenía los ojos pesadicos de sueño y el cuerpecito cansado con la dulce fatiga de amar en la ternura de sus años. Nos acomodamos en litera de cortinas recogidas, y nubios cíclópeos nos llevaron en rítmica prisa. Al pasar por el *Serapeum* Gissing entró a conocer la famosa estatua venida del Ponto por sí misma cuando los pontinos se negaron a dársela a Ptolomeo Sóter que la pedía para rendirle culto especial en la ciudad que heredara de Alejandro, de quien era hermano bastardo. El clavel moreno dormía en mi regazo y no me quise mover. Pero cuando la dejé en casa, en el *Regio Judaeorum,* al cuidado de una Sarah israelita, anciana maternal, me di al guía para caminar por la ciudad.

Las dos calles que he dicho, paralelas a las cuales corren todas las demás, tienen un ancho de doscientos pies cada una, y a uno y a otro lado de ellas se levantan, suntuosos, los palacios y edificios públicos. De este a oeste la ciudad medirá bastante menos de cuatro millas, y de norte a sur una milla escasa. Es, pues, oblonga. Al norte la baña el Mediterráneo, al sur el lago Mareótides formado con aguas del Nilo. De los cuatro cantones, uno lo pueblan griegos en su mayoría, otro judíos, otro egipcios. En el cuarto hay una mescolanza de italianos y naturales de Libia, de Cilicia, de Etiopía, de Arabia, de Persia; ni faltan, según voy viendo, hombres hoscos y magros de la India, y bactrianos y escitas. Con todo, la ciudad es de un orden admirable. "Fue a Dinócrates, el arquitecto que reconstruyera el Templo de Diana en Efeso, a quien Alejandro Macedonio encargó hacer el trazo de la ciudad", me dice el guía.

"Me gustaría",—le dije mientras hablábamos de los griegos,—"me gustaría una casita griega donde ella y yo pudiésemos estar contentos y vivir enteramente como griegos".

"A mí también lo griego me interesa",—dijo el guía.—"Pero será preciso saber primero si ha de ser ella esposa tuya o si tiene por suerte la de la hetaira".

"En la civilización griega",—explicó el guía,—"legisladores y moralistas han pretendido establecer, no sin cierto éxito, dos categorías de mujeres con referencia a su relación para con el hombre que aman: la esposa, cuyo primer deber es fidelidad absoluta, y la hetaira, que vive de amores fugitivos. Es de la esposa, en su reclusión del gineceo, de quien Tucídides dice que el mayor mérito de la mujer es que no se hable ni en bien ni en mal de ella. La tortuga sobre la que Fidias ha representado a la Afrodita Urania, también significa la vida recluida de la esposa virtuosa. En Jenofonte tenemos un cuadro doméstico encantador. El marido recibe en sus brazos esposa de quince años, absolutamente ignorante del mundo y de las cosas mundanas. Él le habla con suavísima bondad, pero en frases como las que les decimos a los niños. Su tarea, le explica, es ser como la reina de las abejas, metidita siempre en casa dirigiendo la labor de sus esclavas, a quienes ha de señalarles a diario sus faenas. Se empeñará en ser económica. Sobre todo, deberá tenerlo todo en orden, el calzado, los trastos de la cocina, las diversas ropas, cada cosa en su lugar. También es, le dice, parte de sus deberes, atender a sus esclavas cuando enfermen. ¡*Sí!*,—exclama ella,—*y será el más agradable de mis quehaceres, si aquellas a quienes trate con bondad se muestran agradecidas y me aman más que antes*. Y delicadamente, evitando cuanto pueda sonar a reproche, la persuade de que deje de usar calzado de tacón alto, para parecer alta, y de pintarse el rostro con bermellón y con blanco de plomo, prometiéndole que, si cumple fielmente con sus oficios, él será el más obediente de sus esclavos. También Aristóteles, en el capítulo séptimo del libro primero de su *Economía,* nos ha dejado un lindo cuadro del carácter de la dócil esposa.

"Platón, es cierto, arguyó que la mujer era igual al hombre. Pero las costumbres y los sentimientos de su pueblo han rechazado tal idea. El casamiento lo han considerado siempre los griegos a la luz del civismo, como medio para producir nuevos ciudadanos, y en Esparta se ordenaba antaño que los maridos incapaces de preñar a sus esposas las debían ceder a hombre de mayor vigor. En la historia de Grecia rara vez aparecen los nombres de mujeres virtuosas. La sencilla modestia de la esposa de Foción cuando su marido ocupaba el más elevado puesto en Atenas, ha sido recordada, así como uno que otro ejemplo de amor conyugal y de amor filial; pero generalmente las mujeres que han atraído la atención pública griega han sido cortesanas.

"Para entender la posición que han asumido en la vida griega las hetairas, hay que comprender el concepto griego de la excelencia, que es el desarrollo amplio y perfecto del hombre en todos sus órganos y funciones, sin pizca de ascetismo. Algunas partes de la naturaleza humana se consideran más elevadas que otras; por tanto, permitir que los apetitos bajos oscurezcan el intelecto, tuerzan la voluntad, o dominen las energías todas de la vida, se juzga cosa vergonzosa. Pero la represión sistemática de todo apetito natural es algo enteramente extraño a todas las maneras de pensar de los griegos. Los legisladores, los moralistas, y la voz pública, han aplicado estos principios sin reserva a las relaciones sexuales, y los hombres más virtuosos han tenido y tienen relaciones habituales y abiertas que a mí me disgustan grandemente. Yo soy egipcio, ya te lo he dicho; natural de Licópolis, donde aún conservamos antiguas costumbres".

" Lo que conversamos me recuerda, amigo Plotino",—díjele—"una anécdota de un poeta centroamericano. Yo soy centroamericano, ¿sabes? Yo soy atlántida. Este poeta tenía nombre persa. Se llamaba Darío. Pero era moralmente griego. Se hallaba en París con otro poeta, también atlántida: Mayorga-Rivas. Suena a hindú el nombre, ¿verdad? Se habían encontrado con unas amazonas yanquilandesas en el bosque de Bolonia, y se las habían llevado a un hotelito de las afueras. De repente la que le había tocado a Darío comenzó a dar voces. Temeroso de un escándalo el del nombre hindú, corrió a ver qué era el motivo. La amazona decía que ella estaba dispuesta a todo cuanto fuese natural, pero que a lo que Darío quería, no, ni por el oro de Creso. *¿Qué es esa depravación?* le preguntó, amonestándolo, Mayor-Rivas. Y Darío respondió: *¿Depravación? ¡No siáj chocho! ¡Qué bien se ve que no soj griego!*"

"La experiencia parece demostrar,"—prosiguió Plotino después de celebrada la anécdota,—"que muchas sociedades otorgan toda licencia sexual a un sexo, prohibiéndosela, sin embargo, al otro sexo. Entre los griegos muchas circunstancias han conspirado para colocar a cierta clase de cortesanas en una posición que en otros lugares no han tenido. El voluptuoso culto de Afrodita le da a su profesión una especie de espíritu religioso. Cortesanas han sido las sacerdotisas de sus templos. De las de Corinto se dice que por sus ruegos se evitaron graves males que amenazaban a la ciudad. La prostitución ha sido parte de los ritos de Chipre, de Mileto, de Tenedos, de Lesbos. Leía el otro día que la voz latina *venerari* se deriva de *venerem exercere,* por las devociones del templo de Venus[1].

"Luego",—continuó el erudito guía,—"hay que considerar el intenso entusiasmo estético de los griegos. La suma perfección de las formas la celebra el pueblo. Jamás ha sido la belleza en todas sus manifestaciones objeto de culto tan profundo y tan extenso. Le da color hasta a la enseñanza moral, y he aquí que, para el griego, la virtud no es sino la forma más elevada de la belleza suprasensual. Belleza es el fin de la moral griega. Belleza es la regla, suma de todas las reglas, del arte griego. Bellos hijos es la súplica que la madre griega les dirije a sus dioses. Al individuo bello rodéalo, entre ellos, una aureola de reverencia. Con frecuencia lo más bello es la hetaira. Hetaira era Friné, modelo de Fidias. Hetaira Laís, modelo y concubina de Apeles. Éste, habiéndose enamorado de una esclava de Alejandro, la recibió del amo del mundo como el mejor de los regalos. El amor que le tuvo a pequeña putita, Glycera, vendedora de flores y de sus propias frutas, hizo del más célebre pintor de flores de la antigüedad lo que fue. Píndaro y Simónides cantaron las alabanzas de las cortesanas, y los filósofos más graves a quienes reverencio, hacían peregrinaciones para visitarlas.

"Es que la cortesana, dueña de su libertad, ha sido la mujer que ha podido realzar con gracias del espíritu las gracias corporales. Aspasia pudo ganarle el corazón a

(1) Vease: Vossius, *Etymologicon lingual latinal,* «veneror»; y Lamothe le Vayer, Lettre x c.

Pericles, dícese que ella fue quien le instruyó en elocuencia y aún quien compuso sus más famosas oraciones. A Sócrates le enseñó Diotina, la cortesana de Mantineia. Epicuro no tuvo jamás discípulo tan ferviente como la cortesana Leoncia.

"Y hay otra razón más, no menos poderosa que las que hemos revisado, por la que hasta honor tenga la profesión de la hetaira. Hay un amor contrario a natura que mancha a la civilización griega. Este vicio, que no mencionan los escritos de Homero ni los de Hesiodo, parecen haberlo producido los juegos públicos, con su exhibición del cuerpo masculino enteramente desnudo".

"El hombre más erudito de mi tierra", —le interrumpí diciéndole,—"a quien llamamos por su infinita sabiduría "Brujo del Irazú", ha dicho lo contrario, y para explicar el pudor ateniense ha enseñado que hasta a las estatuas desnudas les colocan hojas de parra".

"¿Qué es tánta insensatez, tánta ignorancia?"—me preguntó Plotino sorprendido.—"¿A tal llamas sabio y erudito? Impúdicos en la exhibición de sus cuerpos han sido siempre los griegos después de las edades heroicas, y ello ha engendrado pasiones que juzgan irresistibles, por feas que a nosotros nos parezcan, aún cuando confieso que los egipcios que conoció el judío Moisés, las toleraban, de modo que en sus leyes le decía a su pueblo el profeta: *No seréis como los egipcios que yacen hombre con hombre.* Quizás de Egipto los griegos hayan recibido esa influencia nefasta. El hecho es que a tal grado han llegado, que a Hebe hubo de reemplazarla Ganimedes, y ¿cuál de los más feos vicios terrenos no se ha trasladado al Olimpio? Los artistas de la decadencia han reflejado estas pasiones en sus estatuas de Hermafrodita, de Baco, y del aún más afeminado Apolo. Los moralistas han elevado esa depravación al rango de la amistad y a ella atribuyen hasta el heroísmo de Aquiles y el de la tebana legión de Epaminondas. Harmodio y Aristógiton también estaban enlazados por este amor".

Habíamos vuelto hacía rato a la puerta de la casa que Ammonio Saccas había creído, con buen tino, conveniente para nosotros. El éstratego, o vigilante nocturno, viéndonos en animada conversación, vino hacia nosotros con ganas de hablar. Plotino dijo que en ese momento se despedía. "Lo de la casa para vivir a lo griego con la niña",—me dijo significativamente,—"mañana me lo ordenas". Comprendí lo grave del problema.

Entré aprisa. ¡Qué tibio, con ella, estaba el suave lecho! ¡Qué tibia estaba ella! Yo, en cambio, estaba helado. Se despertó el clavel moreno y me tendió los brazos. "¿La muñeca?" me dijo, igual que la esposa dócil, de quince años, de quien habla Jenofonte y de la que me contara Plotino. Y por eso, esa noche, no hice nada sido besar nísperos guanacastecos, probar higos de Mesopotamia.

Persiles

Heredia, agosto, 1931.

Flores líricas de los jardines de Rusiñol

— De *La Gaceta Literaria*. Madrid. —

Jardín junto a la vía

Santiago Rusiñol ha pintado los jardines de España: lo ha hecho con un arte delicado y amoroso. Ha pintado las alamedas de Aranjuez—por las que pasara, no mucho antes de morir, Espronceda, con su faz pálida, sus bucles de ébano y su ancha chorrera de encaje;—los cármenes del Generalife, con su cielo translúcido, sus cipreses, y al pie de los cipreses los rosales tupidos, de los que, en silencio, suavemente, caen los pétalos lacios; los viejos jardines de los caserones castellanos, jardines abandonados, que tienen en el fondo un palacio con los cristales rotos, con las puertas cerradas . . . De todos los jardines, huertos y cortinales de España, si en este minuto de evocación trato de preferir alguno, a mi memoria acude la visión de un jardín situado junto a los rieles de un ferrocarril. Es en un rincón de Castilla, muy lejos de Madrid; desde un altozano se columbra la ciudad; dos o tres campanarios destacan en el azul. Al pie de la loma se levanta una casa rodeada de un extenso huerto. Cierran el huerto unos tapiales. De la ciudad sólo llegan aquí los campaneos lejanos—suaves—de sus iglesias. Dentro, en el jardín, los arriates y platabandas no han sido tocados ha largo tiempo. En una estancia de la casa todo está igual—con una cama deshecha—como hace ocho o diez años, cuando aquí acabó lentamente una vida. En el otoño, en la primavera, los rosales se cubren de flor; una dulce fragancia llena el ambiente. De tarde en tarde pasa rozando las tapias del jardín un tren. Unos marchan pesados, lentos; otros pasan raudos, vertiginosos. Si es de noche, un resplandor súbito se cuela por el varillaje de la puerta. Seres humanos cruzan en esos trenes arriba y abajo. Con ellos van afanes, tristezas, deseos, amarguras. Aquí todo está en silencio; todo reposa con una paz profunda. La casa se halla cerrada y desierta. Un silbido agudo rasga los aires; en el jardín, silencioso, abandonado, de los rosales caen ajados los pétalos.

¡Oh, Santiago Rusiñol, dilecto amigo! Habéis pintado los jardines de España: los de Granada, los de Aranjuez, los de Castilla. Un tinte de vaga melancolía hay en vuestros jardines. Pero ninguno de vuestros espléndidos jardines, tan triste, tan de nuestro pueblo castellano, como este jardín perdido entre las lomas de Castilla, todo reposo, todo silencio, todo muerte, junto a cuyas tapias pasa vertiginosa y febril la vida.

Azorín

Oración en el jardín

Yo me quiero morir, como se muere
todos los años el jardín, y luego
renacer de igual modo que renace
todos los años el jardín. Se han ido
los pájaros; volaron en pos de ellos
las hojas, pero no tenías alas.
No me quiero morir como las hojas,
ni quiero ser el árbol de perenne
verdor adusto, ni el arbusto dócil
cortado en seto, sino el árbol libre,
desnudo atleta que en el suelo ahinca
las fuertes plantas y en el aire tuerce
los recios brazos: no el verdor eterno
sino la fronda renovada, el fruto
cuando el año lo envíe. Aquí me tienes
Señor, desnudo como el árbol. Dame
tu bautismo de lluvias y tu crisma
de sol, y dame vestiduras nuevas,
inmaculadas. El jardín de invierno
callado está: mi corazón callado.
Habla tú; luego vísteme de hojas.
Algo de tus palabras, al moverse
repetirán, como inspiradas lenguas.

Enrique Díez-Canedo

Año Sentimental

Reverdece

Rama triste
Retorcida en tu dolor,
Ya primavera, te viste
De verdor
Abril perfumado avanza,
Vuelve el pájaro cantor
Y es color de la esperanza
Tu color.

Mayo que fue

Oh, cuán breve primavera.
Ayer era,
Y no es ya:
Fué la dicha pasajera
Que se va . . .
Fué lo por venir soñado
Que, casi sin presente,
Brevemente
Es pasado.

Calma festival

En el agua tranquila y trasparente
Está el color dormido,
Y reposa el sonido
En la calma infinita del ambiente.

Ni una voz ni un rumor. Sólo se siente,
Como tenue latido,
El palpitar de las alas en el nido
Y el correr silencioso de la fuente.

Hay una sensación de paz y olvido
En el bosque y el mar: plácidamente
La realidad se esfuma, y sólo deja
Algo que como en sueños se asemeja:
Es la fuente un murmullo,
Es el nido un arrullo,
Y la mar una queja.

Caen las hojas...

No escribas de los campos. Solo viste
En sus pardas llanuras el madroño,
Que sol, y cierzo, y aridez resiste.
En la tierras feraces no seguiste
El proceso del brote y el retoño,
Y no puedes saber cómo el otoño
Es en los campos hondamente triste.

En la pompa que sueñas, en la roja
Coloración en que se ve teñida
La selva verde ayer, hay la congoja
Y el temblor de la eterna despedida:
En cada hoja
Que vuela por los aires desprendida
Del árbol secular, cae una vida . . .

Francisco A. de Icaza

A Santiago Rusiñol por sus Jardines de España

Maraña del laberinto,
¿qué Ariadna te destrenzó?
Misterio de la glorieta,
¿qué surtidor te cantó?
¿O qué arrayán embrujado
todo el jardín embrujó?
Maraña del laberinto,
¿qué Ariadna de destrenzó?

Arrayanes, surtidores,
laberintos y glorietas,
cipreses para poetas,
sauces para soñadores . . .
Mar azul que estás dormido,
fuente que estás desvelada.
Granada abierta, Granada
como un corazón partido . . .

Alguien os ha descifrado,
alguien ha hecho eternidad
vuestro instante, y realidad
vuestro sueño apasionado.

Pintor poeta, que adueñas
tanto secreto de fronda,
que sabes buscar tan honda
la maravilla que sueñas,
¿es que algún fauno, saliendo
de su retiro silvano,
te viene a llevar la mano
que va el pincel sosteniendo?
¿Sientes la rama de mirto
enredarse en tus cabellos,
ella verde, plata ellos?
¿Y acaso de su acre aroma
te viene el seguro instinto
clave de tu laberinto?

¡Oh, laurel, dobla tus ramos
para tocar esta frente!
¡Venid, rosales! pidamos
voz a la voz de la fuente,
digamos . . .—ella lo dice
en lírica perlería:—
¡Todo el jardín te bendice
cuando va cayendo el día!

G. Martínez Sierra

Jardines

El hombre no es su traza corporal,
ni es su palabra volandera,
ni lo que haya hecho bien o haya hecho mal,
ni nada externo y por defuera.
Todo él está en moradas interiores,
más allá de la carne oscura;
y nunca ojos habra, salteadores,
que profanen esta clausura.
Selladas han de estar moradas tales.
La soledad es su atributo,
y como en los jardines conventuales
el silencio sazona el fruto.
Este es el hombre, sombra caediza,
ciega, vehemente y errabunda,
que en la interior morada solemniza
su significación profunda.
Igual la tierra, ciega y vehemente,
—sombras hacinadas sin cuento—
parece sosegar con luz consciente
en un interior aposento.
El tumulto de fuerzas, ahora afines
y luego enemigas, se encalma,
y encuentra asilo, y expresión. ¡Jardines!
¡Dijérase estados de alma!
El estanque en arrobo, es ojo casto,
y de firmamento está hambriento,
que no le sacia el diamantino pasto
de la carne del firmamento.
El ciprés caviloso, erecto y fuerte,
que en lo azul recorta su ojiva ,
no es otra cosa que miedo a la muerte
por amor a la rosa viva.
El rojo de clavel, carnal congoja;
y la cencida superficie
verde del prado, y una que otra hoja
seca, dolor en la molicie.
La estatua mutilada, ídolo roto,
la fe que perdió su entereza.
El borboteo de un anhelo ignoto
sobre el musgo de la pereza.
Las avenidas tersas y nevadas
perdiéndose en los arrayanes,
igual que entre flaquezas emboscadas
se derriten nuestros afanes.
Y las sutiles aves hulderas
sobre un ocaso de carmín;
memorias, ilusiones y quimeras.
Y al fin, el último jardín.
Santiago: tus pinceles poetizan
las cosas con clarividente
emoción, y en tus parques se deslizan
las almas silenciosamente.

Ramón Pérez de Ayala

* * *

Mira, maestro, este solitario paraje,
quieto y hondo, tan dulce de luz y de verdores
como aquellos de paz de ternura y de encaje
en que tu corazón soñara los colores.

Su ocaso vago tiene tu doliente elocuencia,
tu oración de otras tardes en su cenit persiste,
se hunde en la noche azul con aquella indolencia
de nostalgia que tú, callando nos dijiste . . .

El agua que en el fondo de esta gruta, obstinada
como las horas tristes, cóncavamente llora,
refresca la penumbra con la esencia mojada
que enredó a sus misterios tu alma
embalsamadora . . .

Y, cielo abierto en flor, luna clara y celeste,
esta rosa, en su tallo de un verde no aprendido,
recoge la luz última del crepúsculo éste
que parece que tú, otra vez has sentido;

tierna rosa alegórica, doncella que trocase,
soluble, su oro en plata y su plata en visceta,
como si en una anhelo de encantos, imitase
tu corazón fantástico de pintor y poeta . . .

¡Decoración de ensueño, ya mirada de estrellas,
donde el surtidor plácido al cielo se levanta,
mientras el ruiseñor, loco de penas bellas,
quieto frente a la rosa que tú has pintado,
canta! . . .

¡Soledad que el amor deja al arte! Sombrosa
senda en que vaga aún tu pincel vespertino!
¡Glorieta de pasión, en que es reina tu rosa
de un mundo más pequeño, más dulce y más
divino!

Juan R. Jiménez



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Esfuerzos ignorados

—Envío de la autora—

Hay en México esfuerzos ignorados, personalidades serias que laboran en el silencio y que tratan de poner orden y de abrir brecha.

En el campo educacional, hemos conseguido poner en el ambiente la necesidad de la reforma escolar; como los puestos directores de la enseñanza oficial están servidos por personas que llegan a ellos las más de las veces, por valimientos políticos que no por propios merecimientos, nos encontramos con que las mejores ideas son festinadas en provecho personalísimo de los que no son capaces de concebirlas ni de entenderlas; de allí que no se lleven a la práctica, cuando algo se hace es sobre un punto de partida feliz que llevó hacia allí la atención pública y que provocó la envidia y la inquina de los incapaces, para eliminar al que ejecutó el trabajo inicial.

Tal acontece en todos los detalles de la reforma escolar y mis cuartillas se dirigen hacia la escenificación de la Historia. Se dijo: "La dramatización es un buen camino para enseñar Historia", así la enseñanza resulta animada y se graba para siempre en el corazón de los niños que serán mañana hombres y mujeres y a quienes hay que despertar a una vida de responsabilidades.

La Secretaría de Educación dijo muy alto: ¡Dramaticemos! Pero no organiza el estímulo de selección de obras, no establece un cuerpo competente que haga crítica edificante orginada en la laboriosidad magisterial.

Aparecen para llevar a efecto la idea de escenificar los temas de Historia, ñoñerías indignas de ocupar un lugar en las escuelas y de llamar la atención de los educandos. Por allí ha echado a circular la Secretaría de Educación Pública un folleto que contiene una comedia ridícula, titulada: *Le ingeniero a Presidente.*

Haciendo a un lado el objeto mezquino que persigue el autor de semejante mamarracho y que no es otro que obtener una granjería a cambio de adulación servil, actitud muy frecuente entre nosotros.

Lo verdaderamente grave es que esta actitud sea acogida con aplauso por la dependencia gubernamental encargada de impartir cultura, este procedimiento es un crimen en contra de la niñez, que tiene derecho a no ser defraudada. Escenificar hechos de la vida actual, no es hacer Historia dramatizando, es introducir en el campo de la Escuela Primaria, los hechos de política militante, es pervertir el sentimiento infantil y finalmente, es colocar al vividor sobre el maestro estudioso.

Y no se diga que porque falta esfuerzo honrado e inteligente es por lo que se dá cabida a esta clase de literatura. Tengo de casualidad en mi poder una dramatización titulada *Educación Azteca*, escrita por la señora María Refugio González de Infante, a quien sus amistades llamamos cariñosamente Cuca.

Las dramatizaciones de la señora de Infante, reunen las cualidades que la obra pedagógica de buena ley debe tener: estudio cuidadoso, emotividad exquisita y talento literario.

Cuca González

Es mi amiga una mujercita, cariñosa esposa, morenita: su atractivo sólo se prodiga cuando las personas se acercan a ella y la tratan. Tiene una boca fresca como la de un niño, una sonrisa agradable y una dulzura exquisita.

(Pasa a la página 142)

Goethe, genial burgués

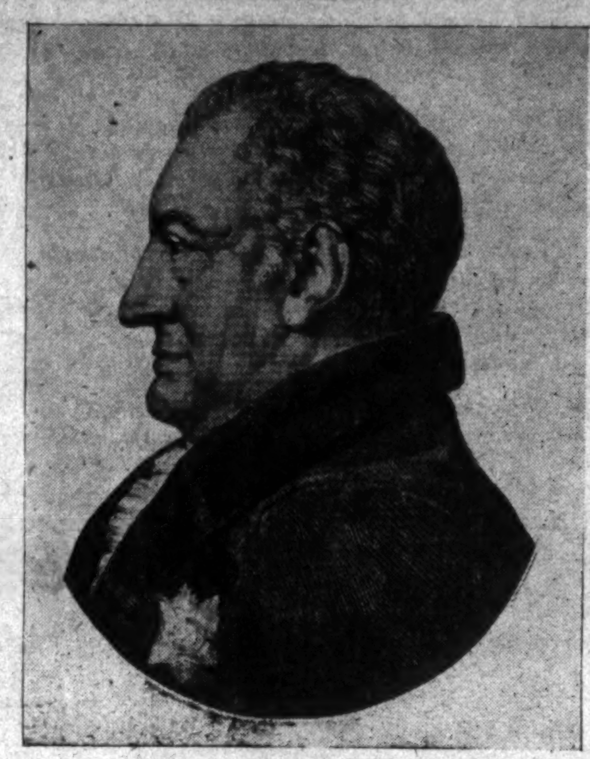
=De *Crisol*. Madrid=

Hay en *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister*[1] exclamaciones así: "¡Dichosa juventud!" Felices tiempos de la primeras ansias amorosas! El hombre, entonces, es como un niño que se divierte horas enteras con un eco." Pero en este verdadero manual de juventud nos encontramos con tan armonioso cruce de ecos, con tal profusión de estímulos vitales, que sus páginas dejan pronto de divertirnos—en el pueril sentido del vocablo—para llegar profundamente a conmovernos. Es, como el resto de los libros de Goethe, una invitación a la serenidad de espíritu, a la perfecta sinfonía de todas las fuerzas—angélicas y animales—del lector. No es un ruedo en el que se realizan números de fuerza, sino un aula espléndida donde se juntan a la voz grave del genial maestro todas las risas infantiles de la plaza pública, dulzuras de sol, gritos de vendedores ambulantes, todos los "ecos" de la vida en marcha, de la aventura.

Un libro de Goethe es siempre, como ninguno, cierta cátedra abierta en medio de la vida en sazón. Sus miradas son dobles, de filósofo y de artista. Emerson vacila en llamarle lo segundo, otros muchos se resisten a llamarle lo primero—recientemente publicó Alfredo Franceschi, en *Síntesis*, de Buenos Aires, un ensayo acerca de la filosofía de Goethe—. La razón es ésta: que supo hallar el punto de confluencia de las dos contemplaciones: la de filósofo y la del poeta. Y todo depende de la flexibilidad de unos límites. Fue ambas cosas; pero ocurre que un tema de los llamados filosóficos a él le servía de asunto de poema, y otro de los llamados poéticos le servía de punto de arranque de hondas reflexiones. ¿Qué fue en Goethe el panteísmo? Un haz de sugestiones líricas. ¿Qué era para Goethe todo fragmento de adorable corteza terrestre, de mujer o de manzana? Un pretexto para romperla y extraer de allí un concepto. Si es verdad que decía: "Las teorías son canciones de cuna con que el maestro hace dormir a los alumnos", no es menos cierto que sentía igual recelo hacia toda construcción de poeta, vacía de pensamiento. Su sed de hombre integral le hizo recorrer—a veces inútilmente—todos los caminos del conocimiento. Nunca, desde Leonardo, apareció en el mundo tal apetito de ser y conocer.

La redacción de *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister* se alternaba con ejercicios de amor. "Te doy las buenas noches para consagrar algunos momentos a mi Wilhelm, que también lo es tuyo . . ."—escribía Goethe a su segunda Carlota, a Carlota von Stein, en otoño de 1784—. Y en la primavera de 1786 le decía: "He trabajado en Wilhelm y, a cada página, pensaba en el placer que tendría yo al leértela".

(1) J. Wolfgang Goethe: *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister*. Traducción de R. M. Tenreiro. Tomo I. Colección Universal de Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1931. 310 páginas. 1,50 pesetas. La misma editorial ha publicado de Goethe: *Memorias de mi vida* (tres tomos), *Afinidades electivas* (dos tomos), *La campaña de Francia* (dos tomos), *Egmont* (un tomo), *Clavijo*, etc.



Goethe

Leamos estas cartas[2] alternándolas con *Wilhelm Meister;* entre ellas y el libro completaremos el hombre. "Cada uno tiene su propia felicidad entre las manos, como el artista la materia bruta que quiere transformar en una figura". Así habla un personaje del libro. Así pensaba Goethe y, lo que es más admirable, así fraguó su vida entera. Podándose lo arbitraio, subrayándose lo auténtico, ejercitándose cuidadosamente en el arte de devenir hombre total, perfecto, tal como un día lo vislumbró Napoleón.

Libro profundo y encantador.

Por ser profundo decepcionaba—según el testimonio de Emerson—"a los aficionados a lecturas ligeras". Por ser encantador decepcionará a los hombre de falsa gravedad, a esos espíritus que apenas saben degustar matices, paladear timbres originales, morder con suavidad en la piel fascinadora de las ideas y las cosas . . . Oigamos nuevamente a Emerson: "Los inteligentes lo leen—a *Wilhelm*—con delicia y maravilla y algunos lo prefieren al *Hamlet* como obra de genio . . ." Y sigue hablando de la suavidad, de la delicadeza de *Los años de aprendizaje*. Sigue hablando, quizá, con excesiva generosidad para esos "años", para esa juventud tan mimada, donde una amante se adquiere y se posee con igual facilidad que unos zapatos . . . ¿No tropezamos, en esta dirección, con el oculto enemigo de todos los libros de Goethe, de la vida del propio Goethe? ¿Este "aprendizaje" vital no nos resulta demasiado fácil, realizado en demasiado excelentes condiciones?

(Goethe, hijo ilustre de un ilustre consejero imperial, nacido entre libros y comodidades; Goethe, hijo de burgueses, burgués, genial burgués, tú mismo: ¿Qué podrán hacer con tu manual del perfecto joven acomodado tantos de nuestros jóvenes sin fortuna? Lo podrán, quizá, realizar todo, porque una sola cosa es necesaria: genio; pero ¿no sonreirán alguna vez al leer tu *Wilhelm Meister*, al leer tus *Memorias*, al leer todos tus libros?)

(2) La "Librairie Stock", de París, publicó en 1928, traducidas al francés, una colección de estas cartas bajo el título de *Letras á madame de Stein*, con una introducción de Henri Lichtenberger.

Según el parecer emersoniano, importa mucho para la robustez de una frase cualquiera el que tras ella haya un hombre o no lo haya. Nada más exacto. Importa que este hombre se disponga en cada página a asomar la cabeza para responder de sus palabras—como todo autor donde los bastidores deben responder de su farsa.— Y aquí, efectivamente, lo está con la misma "facilidad de vida", con la misma ausencia de penosos trances en donde puede afirmarse su auténtica dureza . . . Porque llega a desazonarnos la excesiva blandura con que le fue preparado a Goethe su tránsito por la vida. Viajó siempre en tren de lujo. Hombre feliz que desde su infancia pudo contemplar olímpicamente el mundo, sin chapotear en sus alcantarillas, en sus horrendos baches, sin tropezar con ninguna verdadera congoja.

Excepto las sublimes congojas del amor, lírica angustia, tan sumisamente compartida—sucesivamente—por tanto corazón femenino, tierno y esclavo, súbdito mejor que amigo. ("Vuestra muy humilde y muy devota sierva", le escribía Carlota von Stein —una de sus Carlotas—al pie de un dibujo de sí misma realizado también por ella con ayuda de unos espejos). Goethe escribió su *Werther*, es cierto, pero quien se levantó la tapa de los sesos no fue precisamente el autor, sino otro joven infeliz, una torturada representación de Goethe. Y el mismo autor lamentaba más tarde esta alta traición, esta traición a sí mismo. Lo lamentaba precisamente en una de sus cartas a la segunda Carlota: "Vuelvo a leer mi *Werther*—decía—y encuentro que su autor, después de haberlo escrito, hubiera debido meterse una bala en la cabeza". Otros jóvenes lo hicieron; y otros, como el profesor Hasenkamp, le preguntaron:

—¿Es usted el que ha escrito ese libro infame?

Goethe reconoció su debilidad. Había sido "piedra de escándalo", pero él nunca tropezó con ella. El autor de la novela más angustiosa de su siglo se deslizó siempre—así lo quisieron los dioses—por las más blandas y floridas praderas . . . (Alguna vez lo hemos instalado entre Shakespeare y Dostoiewski, y, entonces, ¡cómo nos hizo sonreír tan olímpica serenidad!)

Benjamín Jarnés

Notas de un lector

Entrevista con Papini

—De *El Sol*. Madrid—



Giovanni Papini
(From a drawing by Julius Zirinsky

Nunca había sido capaz de leer el corpulento volumen de la *Storia di Cristo*, que tantos entusiasmos, más o menos teñidos de esnobismo, suscitó en el mundo internacional de lectores, cuando la humanidad llegó otra vez "a riveder le stelle" al surgir del infierno de la gran guerra. Francamente. Lo mismo que no me interesan las grandes basílicas que erige la piedad al uso, en las que se me antoja que lo que les sobra de suntuosidad les falta de espíritu, tampoco siento curiosidad por esos escritos de trasnochado misticismo, obra de gentes maceradas en todas las corrupciones de nuestra civilización, que "padecen de hartura", cocomo el personaje de Eca de Queiroz, y quieren purificar su ánimo con no sentidas prácticas religiosas, al igual que el siglo XVIII pretendía librarse de su podredumbre con los juegos rústicos del Petit Trianón, tan apartados de la áspera existencia campesina como las almibaradas devociones a la moda de la saludable fe de las grandes épocas. El azar de las tediosas horas de la vida de sanatorio, púsome frente al afamado autor y me agarré a su conversación con convulsivo anhelo de náufrago.

Mi sorpresa fue inmensa. Yo me suponía, sin haber pensado en ello, que el flamante biógrafo de Cristo tendría ese aire falsamente piadoso de los charolados santitos de cartón que fabrica en serie la industria del siglo para un público ñoñamente devoto. En vez de ellos encontrábame con un hombre todo dinamismo, fosco, exaltado, excesivo, violento, de un tipo casi de negro y con desacordes resonancias de *jazz-band* en sus frases y razonamientos. Las pasiones más bravas se pintaban en el centelleo de sus ojos, y sus labios abrasados lanzaban sin cesar un chorro de palabras, mugientes e hirvientes, con febriles sonoridades de interjección y temblores epilépticos.

Al cabo de largo rato de charla, acabé por confesarle mi desengaño en cuantos experimentos llevo hechos para encontrar en el mundo algo que no sea vano: la vida promete vilmente lo que no cumple jamás.

—Lo que a usted le han permitido ensayar sus riquezas en el orden de lo material y concreto—respondióme el escritor, abrasándome con el desmandado volcán de su mirada—, téngolo yo muy bien sabido en el campo intelectual. Con todos los ardores de mi alma indomable, en demanda de solución para los problemas acongojadores que nos plantea la vida, lancéme sobre cuantas ideas podía ofrecerme nuestra putrefacta cultura, y en todas ellas sólo encontré oquedad y falsedad; ninguna de mis hambres tropezaba con el pan que la hartara. Criatura fáustica, como todas las de estos dos siglos postreros, no había diablo de cuantos se proponían ganar mi alma que me presentara alegrías sin dejos de ceniza. Fuí un "hombre acabado" antes de los treinta años . . . Un día volví a dar con el librito de los Evangelios, o mejor dicho, topéme con él por primera vez, ya que mi infantil educación católica nunca había puesto al alcance de mis ojos el simple texto ingenuo de las eternas crónicas de Jesús. No sé decirle lo que sentí. Tendría que acudir a la manida imagen de la fuente del oasis para el sediento peregrino del desierto. Al instante, todas las fuerzas vivientes de mi espíritu diéronse a la tarea de reelaborar el viejo tema salvador, y así como en sus cuadros los pintores de la Edad Media vestían los personajes de las sacras leyendas con trajes del país y del tiempo de quien los trazaba, también yo quise infundir en las sencillas viñetas del Evangelio los ardores fulgurosos del alma del siglo XX. Aunque no me mordí la lengua al escribir mis reflexiones, mi libro tuvo gran éxito en el mundo ortodoxo, si bien no ya frases sino capítulos enteros fueron suprimidos por los editores al presentar mi trabajo a públicos devotos de naciones distintas de la mía.

—¿Y encontró usted en su conversión la definitiva paz y su existencia es desde entonces reposo?

—Le diré. Milicia es la vida del hombre sobre la tierra. La paz no es de este mundo. La tragedia del ideal cristiano es que por nadie puede ser vivido íntegramente. No hay cristianos. Los hombres más puros aspiran a serlo y se angustian y atormentan lejos de su modelo. La masa vulgar ceba su espíritu, con galimatías que no comprende, en una modorra adocenada. Y si el hombre no logra elevarse hasta el cristianismo, mucho menos la sociedad. Las agrupaciones humanas se encuentran hoy tan apartadas del espíritu evangélico como en los tiempos de Augusto. ¡Reposo en la fe! El ser del cristiano es lucha incesante en todos los órdenes de la actividad espiritual. Somos demasiado de nuestro tiempo: egoísta, materialista, brutal, despiadado, incrédulo, para que, sin combate siempre renovado, podamos recluirnos en el bendito huerto de Nazareth, de verdores eternos.

—Y ¿qué prepara usted en tantos años de silencio después de su *Historia de Cristo?*

—Ni yo mismo lo sé. Aquella obra no puede tener segunda parte. La mudez absoluta sería acaso lo mejor a que podría dedicarme después de ella. El hombre debería morir en el momento de su ma-

---

A propósito de Gog

Visita a Giovanni Papini

—Envío del autor—

Las campanas de Santa María de la Flor llenan de sonoridades el ambiente.

Vía Coletta 10. Un salón lleno de luz. En las paredes cuadros de primitivos, retratos de viejos filósofos y tres máscaras japonesas estupendas, de la época de Heian, para el baile Ganjoraku. *Libros por todas partes. Sobre el escritorio una estatuilla en madera de San Agustín y sobre una Biblia admirablemente empastada un busto de Voltaire.*

El señor Papini, al verme, deja la lectura, se pone de pie y a través de los espejuelos me clava los ojos inhóspitos y agresivos.

Apenas me tiende la mano, indicándome un sillón amplio, cómodo.

—¡México, México!—comienza diciendo—¡Ah, sí! ¡Pancho Villa!, ya recuerdo, es el asesino por excelencia que ha producido la América, fuerte, imperativo, nunca conoció el ridículo. Hubiera sido un soberbio actor teatral de haber nacido en Italia. Todos los tiranos, todos los bandoleros tienen algo de personajes de opereta. Pancho Villa será el único que sobrevivirá a la historia de América.

—Es que tenemos grandes novelistas—murmuré cohibido—por ejemplo: un hombre de costumbres puras, que en su mocedad . . .

—No me interesan los novelistas americanos—me interrumpe—todos ellos son calcas abominables de los escritores franceses, imitadores pedestres de los defectos da Flaubert y de Zolá. Además, los hombres conversos, no me preocupan, son siempre hipócritas o cobardes, tienen miedo al más allá. Nunca tienen las fulguraciones del Obispo de Hipona. Lo maravilloso, lo cautivante de Agustín fue su vida anterior a la conversión. No creo en los conversos, como no creo en los vegetarianos de última horas: siempre comen carne en los banquetes. ¡Fíjese usted! Los pueblos vegetarianos son pueblos esclavos.

(Pasa a la página 138)

yor victoria, como el mancebo griego en el dichoso instante de triunfar en la palestra, para que no conozca una decadencia detrás de su apogeo y se haga traición a sí mismo con obras indignas de la primera—no oso planear un libro nuevo.—Si fuera rico de las experiencias humanas que en usted se atesoran, quizá haría un trabajo que fuera como la sombra de lo que es luz en aquel otro escrito: mostrar cómo en la compleja vida moderna todo son errores, extravíos, torpezas, crímenes, locuras, lejos de la mirada de Jesús. Si en aquel libro hay simplicidad, nitidez y armonía, en éste amontonaríanse monstruosidades fuliginosas, deslumbrantes coloraciones, intrincados lineamentos, vértigos, delirios, fiebres, quimeras; toda la vana fauna y flora venenosas de la inextricable selva tropical del pecado.

No sé de qué más hablamos. Al día siguiente entreguéle a Papini el grueso mamotreto de mis notas y recuerdos.

M. R. Tenreiro

Lucano, Miércoles de Ceniza.

Visita a Giovani Papini...

(*Viene de la página 137*)

Los animales herbívoros son sumisos, domésticos, ni en la Mitología se ha visto nunca a un hombre montado en el lomo de un animal carnívoro.

Enciende un cigarrillo y continúa. Eso sí debe haber bueno en América: tabaco y café. Pero a pesar de todo, nada me dicen los países tropicales, prefiero las ciudades muertas: Creta, Delfos . . . estos esqueletos de olvidadas colmenas humanas me fascinan. América debe ser una selva de palmeras con gritos de papagayos y de monos. El color no me subyuga; en cambio, los atardeceres en Florencia, los crepúsculos de París, me llenan de quietud y de encanto. Pero ahora, desgraciadamente, hasta los crepúsculos de París se han industrializado. Los americanos del Norte han prostituído a Europa; con el dólar la han comprado como se compra a una infeliz vendedora de caricias. Los Estados Unidos están embruteciendo al mundo entero con el cine y con el jazz.

En los gruesos labios del señor Papini, queda prendido el cigarrillo. Vuelve a peinar con la mano su cabeza y levantándose, murmura:

—He perdido ya diez minutos. Tengo una cita, usted perdonará . . .

Me puse en pie inmediatamente. El señor Papini me dió un apretón de manos, un poco más cordial que su saludo.

Hubiera querido preguntarle mil cosas sobre su estética, sobre su San Agustín, *sobre su* Vida de Cristo, *pero el señor Papini es hombre ocupadísimo.*

Afuera, el gris elegante del crepúsculo florentino comienza a envolver suavemente a la ciudad que se arrulla con el són de las campanas, y en el Arno los gusanillos, verdes, rojos, juguetean en el temblor del agua.

Guillermo Jiménez

Florencia, 10 de agosto.

Guillermo Valencia juzga al artista austriaco Max v. Loewenthal, hoy con nosotros



Guillermo Valencia — Retrato a pluma de *Max. v. Loewenthal.*

El dispendioso traslado de cuadros hasta Popayán (Colombia), me ha retardado el placer de contemplar directamente algo de la obra pictórica del célebre artista austriaco Maximilian von Loewenthál, pero en cambio, lo he conocido a él—hasta donde puede serlo en breves charlas—un espíritu tan facetado como el suyo. Es difícil encontrar mayor dinamismo intelectual, mayor perspicacia en la visión, (Loewenthál no mira, diseca); ni inteligencia más comprensiva, ni más hospitalario talento de asimilación; todo ello servido por un extenso dominio de la vida a través de medios refinados o bárbaros, y de una deliciosa ironía, fina y urticante no más, como de persona bien nacida que sólo puede vivir dentro de una atmósfera de elegancia.

Loewenthál capta pronto con su genio festivo, su sinceridad de varón fuerte, su pasmosa agilidad crítica ayudada por su certero mirar de Sagitario.

Cuando él escriba las impresiones recogidas en sus gloriosos viajes, el famoso pintor conquistará nuevos lauros en el campo de las letras que él domina también con sus potentes alas: el talento sirve para todo.

Guillermo Valencia

Popayán, marzo 8 de 1931.

Siga vigilante nuestro Juan Santamaría

— Conferencia leída en la Asamble del *Instituto de Alajuela* que se celebró el 28 de Agosto de 1931.—*Envío del autor* —



Trabajadores

Madera de *Amighetti.*

Señores: El Instituto de Alajuela inspirado por su excelente Director don Teodoro Picado, está a punto de convertirse en el centro de las actividades espirituales de la ciudad. Aquí se reciben lecciones de las diversas ciencias que deben figurar en un programa moderno de Humanidades, pero también se recogen como en maravillosa antena las palpitaciones de la vida de la República o se lanzan iniciativas de carácter cívico que tienen la virtud de agrupar a los jóvenes con su primaveral entusiasmo, despertando a la vez la aletargada conciencia de los ciudadanos costarricenses.

Pienso como el señor Picado que nuestra Historia Patria merece un culto especial y que infortunadamente entre nosotros son muy pocos los estudiosos que vuelven la mirada hacia el pasado, como si la tradición impregnada de poesía, las costumbres patriarcales y los esfuerzos heroicos de nuestros mayores que pusieron como un rayo de luz en nuestro pabellón tricolor, no le merecieran a las frívolas generaciones de nuestra época, ni ardiente curiosidad ni simpatía, entregadas casi por entero a las prosaicas ocupaciones cotidianas o a la contemplación de los enigmas del futuro.

Las naciones pequeñas, celosas de mantener su independencia, lejos de olvidar los sucesos que dan relieve glorioso a sus anales, deben cuidarse de pregonarlos hasta con lujo de detalles, porque como sucede en la república de Chile, que ostenta de preferencia a los poetas su legión de historiadores, es el medio de imprimir al pueblo la conciencia de su personalidad, de señalarle una misión en el mundo y con el ejemplo de los próceres que fueron buenos gobernantes y con el sacrificio de los humildes, se le enseña a defenderse de los enemigos exteriores y a evitar en su vida interna las causas de disolución social o de segura decadencia.

Contemplad jóvenes, con íntimo recogimiento esa estatua que un artista francés ejecutó para consagrar en bronce el episodio de que fue protagonista nuestro Juan Santamaría y leed uno de los pasajes del inspirado artículo que dedicó al mismo tema Rubén Darío: "Cuando llegaron a Rivas los militares de Costa Rica, el 8 de Abril del 56, iba en las filas el hijo de Alajuela, camino de la muerte, con su fusil de chispa, sin advertir que sobre su cabeza desplegaba las grandes alas la diosa soberbia que haría resonar el nombre humilde, al eco augusto de su bocina de oro". Se hermanan en la inefable comunión del arte, la estatua realista que no embelleció la figura del hombre, pero que logra expresar la juventud, el vigor, la tenacidad, el sentimiento heroico y la frase melodiosa del poeta que nos dejó la visión de la marcha del soldado providencial y de la transfiguración que en el minuto trágico se operó en su vida, al caer en los brazos de la gloria.

Al referirnos a Juan Santamaría en esta ocasión solemne en que el país unánime conmemora el centenario de su nacimiento es bien entendido que nadie duda ya de su existencia, de su identidad como soldado en los batallones de la defensa nacional y de la hazaña ejecutada por él en la batalla memorable. Si me cedieron la palabra invitándome a participar en estas fiestas patrióticas fue sin duda porque en una sesión de la Cámara de Diputados celebrada hace cinco años, tuve el honor de asociarme a un acto de justicia que se pedía para dos pobres mujeres de la familia del héroe, defendiendo su memoria y demostrando la realidad de su proeza con lecutra del documento que descubrió en 1900 don Anastasio Alfaro en nuestros Archivos Nacionales. Me refiero a la solicitud de pensión presentada por doña Manuela Santamaría, madre de Juan, fechada el 19 de Noviembre de 1857, el mismo año de la capitulación de Walker, en cuyo documento se lee: "Que su hijo militó como tambor en el ejército vencedor de Costa Rica que fue a Nicaragua, y que no habiendo en todas las filas otro que tuviese valor de incendiar el mesón en donde se hallaba refugiado y parapetado el enemigo causando gravísimas pérdidas en nuestras tropas, él fue el único que despreciando el evidente peligro de su existencia, se decidió a perderla por desalojar al enemigo y economizar la pérdida de tanta gente y en efecto, habiéndolo puesto en ejecución, sin que le arredrase ni le pudiese intimidar el torrente espantoso de las balas que le lanzaron los rifleros filibusteros en defensa de su guarida, coronó felizmente la obra, junto con el sacrificio de su vida, quedando sepultado bajo las ruinas del indicado Mesón, como es público y notorio". Y al margen de esa solicitud, de puño y letra de don Juan Rafael Mora se encuentra esta apostilla: "Constando al gobierno la realidad de los hechos que se refieren en este memorial, ordena que a Manuela Carvajal se le dé la pensión". Justamente para realzar tan importante declaración llevé al recinto del Congreso una carta privada original del mismo Presidente, para que se pudiera comparar los manuscritos y desvanecer la duda de los escépticos así como para demostrar con un nuevo argumento cuál era el espíritu de justicia del caudillo de los costarricenses, y setenta años después de escritas las líneas anteriores del Benemérito Jefe del Estado sus palabras vinieron a poner punto final a la información levantada para cimentar sobre la roca de la verdad inconmovible el acto de excepcional heroísmo y a clausurar una controversia que nunca debió haber existido.

Circulará en breve una biografía de Juan Santamaría, como tributo de un brillante escritor, que contiene todos los detalles que pueden arrojar luz sobre sus antecedentes y describir cómo se formó esa planta nutriéndose de la savia de este viril terruño, qué influencias pesaron en su crecimiento, los vientos y el sol que prepararon el advenimiento de la flor de heroísmo que fue su corona y su remate, pues todo en él parece haber sido predestinado al holocausto y si queréis con el mismo pensamiento resumir la esencia de esta corta existencia leed en el panegírico de Alvaro Contreras este párrafo vibrante: "Este soldado salvador fue Juan Santamaría, hombre de esos que nacen a la sombra de una sencillez cercana a la naturaleza, oscuro y humilde en la vida y superior y elevado en la muerte, hombre sin aurora en la cuna y de espléndido crepúsculo en la tumba".

Desde 1824, adelantándose al gesto redentor de Lincoln, los constituyentes de la República de Centro-América rompieron las cadenas de la esclavitud, pero las rivalidades encarnizadas de los partidos en Nicaragua permitieron que William Walker, el verdadero precursor del imperialismo norteamericano, con pretexto de auxiliar a los liberales contra los legitimistas conservadores, viniera y sojuzgara a Nicara-

gua y pretendiera convertir a esta bella e infortunada sección de nuestro continente en una factoría esclavista.

Siempre tendrá eco en los corazones de los costarricenses y será ejemplar para la juventud la primera proclama del Presidente Mora, fechada el 20 de Noviembre d 1855, en que se reveló su visión profética de los sucesos posteriores. Dice así: Compatriotas—La paz, esa paz venturosa que unida a vuestra laboriosa perseverancia ha aumentado tanto nuestro crédito, riqueza y felicidad está pérfidamente amenazada. Una gavilla de advenedizos, escoria de todos los pueblos, condenados por la justicia de la Unión-Americana, no encontrando ya donde hoy están con que saciar su voracidad proyectan invadir a Costa Rica para buscar en nuestras esposas e hijas, en nuestras casas y haciendas, goces a sus feroces pasiones, alimento a su desenfrenada codicia. ¡Alerta pues costarricenses! No interrumpáis vuestras nobles faenas pero preparad vuestras armas. Yo velo por vosotros bien convencido de que en el instante del peligro, apenas retumbe el primer cañonazo de alarma, todos, todos, os reuniréis en torno mío bajo nuestro libre pabellón nacional. Aquí no encontrarán jamás los invasores partido, espías ni traidores. ¡Ay del nacional o extranjero que intentare seducir la inocencia, fomentar discordias o vendernos! Aquí no encontrarán más que hermanos resueltos irrevocablemente a defender la Patria como a la santa madre de todo cuanto aman y a exterminar hasta el último de sus enemigos". Esta proclama escrita en lengua sencilla y cordial podría llamarse el himno de la fraternidad costarricense y el pueblo y el ejército, aquel sufriendo estoicamente privaciones, diezmado por la peste, éste siguiendo con disciplina y bizarría a sus improvisados jefes militares, demostraron que eran dignos de la confianza que ostentaba en ellos en la víspera de la acción, el esclarecido Jefe de la República.

Así pues, a la guerra de 1856 fue Costa Rica en defensa propia. Era su causa fundamental la de que un país libre como éste no quería retroceder al coloniaje ni ser humillado por una falange de aventureros, pero no entró a combatir sólo por sí, sino que lo hizo con una amplia visión de libertar del peligro mortal a Centro América. Los hombres de aquella época dieron una memorable lección de sincero unionismo y consideraron que la suerte de Nicaragua no podía menos que influir en sus propios destinos. Después de todo en los tiempos presentes, nuestra Patria tildada como separatista por los estados vecinos, porque no se mezcla nunca en sus luchas intestinas, ha dado elocuentes pruebas en horas de catástrofes de la naturaleza o brindando hospitalidad amplia al desterrado y haciendo respetar su derecho de asilo, así como en las contadas ocasiones en que consideró en peligro la autonomía del Itsmo, de sentimientos fraternales y de bien entendida solidaridad que Mora y Cañas y sus émulos no hubieran desmentido.

La firme actitud de Costa Rica, su vigorosa acometida en Santa Rosa que fue una revelación de las virtudes militares que atesoraba su ejército bisoño alarmaron al jefe de los filibusteros e impulsaron las gestiones iniciadas por nuestro Gobierno para obtener el pacto de alianza y el contigente prometido de los demás estados centroamericanos. Sin embargo y es lo que intento demostrar, fue la batalla de Rivas, la tenaz resistencia que se hizo después de la sorpresa, pues a juicio de Walker "habrían sido necesarios muchos días para desalojar a los costarricenses de las casas que ocupaban", fue el incendio de los baluartes del enemigo efectuado a pecho descubierto, fue la serenidad de nuestros jefes y el denuedo de la tropa de labriegos que canta nuestro Himno Nacional y a última hora los contingentes de refresco que, llamados con acierto, supieron llegar en hora oportuna, fueron todos estos los factores del triunfo que vino a prestigiar de modo excepcional el nombre de Costa Rica.

Por ser sobrado conocida omitiré la relación detallada de esta famosa batalla, pero para confirmar mi punto de vista debo reproducir un párrafo del informe enviado al Presidente Mora por el coronel Bariller quien figuró el 11 de abril como uno de los consejeros del estado mayor. Dice en lenguaje sobrio el militar francés llamado el Zuavo: "Los informes conseguidos después de la victoria tienden a probar que el ejército del llamado General Walker ha sufrido entre muertos y heridos pérdidas superiores a las nuestras. Este es señor Presidente, un resultado que importa conste después de los inmensos sacrificios que nos fue preciso hacer para arrancar al enemigo una victoria en la que pudo creer durante una hora, así es que tanto en razón de las primeras ventajas de los filibusteros, como de las dificultades vencidas, el combate del 11 de abril háce el mayor honor a las tropas de V. E. siendo uno de aquellos *"que aseguran el porvenir de una campaña"*.

El cuadro de Centroamérica en la fecha de esta primera batalla de Rivas no podía ser más desconsolador. En Guatemala, Carrera había recibido a nuestro Ministro el doctor Toledo con las formas de la cortesía diplomática, pero consideraba que Walker no era un peligro para su gobierno, después que el jefe norteamericano negó auxilios al General Cabañas para invadir a Honduras y recobrar el poder de que había sido desposeído. El Salvador reconoció y tenía amistad oficial con el gobernante de Nicaragua don Patricio Rivas, que estaba supeditado a Walker. En Honduras, el General Guardiola observaba extrictamente la neutralidad benévola hacia el mismo gobernante del país vecino, movido por el espíritu de partido, puesto que sus adversarios políticos proclamaron en un célebre manifiesto la necesidad de luchar contra los extranjeros que pretendían conquistar a Centroamérica y Nicaragua, en fin, no sólo no era nuestra aliada, sino que una columna de tropas nativas al mando del cubano Machado secundaron en Rivas la vanguardia del coronel Sanders en el osado plan de capturar por sorpresa el cuartel general de los costarricenses.

Supongamos que los sucesos hubieran tomado un curso distinto y que se hubiera perdido una batalla, que toda proporción guardada, tuvo para nosotros el mismo efecto de la del Marne, en la historia del mundo; que el Presidente Mora y su estado mayor hubieran quedado prisioneros y la resistencia del país quebrada al enterarse de las innumerables bajas de sus huestes entre muertos y heridos, así como de las víctimas a millares que hizo la peste del cólera, corolario de la guerra de Nicaragua, que obligó a desbandarse a nuestro ejército victorioso, es indudable que los demás Estados de Centroamérica en esa hipótesis, habrían contemplado de lejos el infortunio y que el jefe de la falange filibustera cuya reputación de militar valeroso y técnico se acrecentaba con la victoria, habría contado con el tiempo necesario para afianzar su poder y para preparar con todos los elementos del éxito la anexión esclavista de Centroamérica, de que nos habla con el calor de arraigada convicción en sus memorias.

El triunfo de Walker en Rivas el 56 habría significado pues la decisión de la campaña contra Costa Rica. Nuestra victoria no trajo como consecuencia inmediata la paz pero al retirarse el jefe enemigo después de la obstinada resistencia de nuestras tropas que quebrantó su acometida, es probable que tuviera algún presentimiento de la capitulación del año siguiente. Esa victoria le dió a los costarricenses la reputación de ser los paladines más esforzados de la causa de la autonomía, decidió a los estados centroamericanos a intervenir desde el mes de mayo en la contienda y cuando para evitar rivalidades se pensó en la unificación de mando fue designado don José Joaquín Mora, hermano del Presidente, como Generalísimo de los ejércitos aliados que lograron derrotar a Walker y expulsarlo de Nicaragua. El incendio del mesón de Guerra que fue como el eje central de la batalla, solicitado por el General Cañas como acto voluntario y ejecutado por el humilde tamborcillo de Alajuela como ofrenda de su ingenuo patriotismo fue atributo esencial de la victoria, piedra angular

Paleros

—*Envío del autor. Véase la madera alusiva.*—

han salido del alba
con sus palas enormes de levantar la tierra
las llevan al hombro como rifles
son de acero—más precioso que plata—
es el friso de los trabajadores
con sus armas blancas de pelear con la tierra
y los brazos morenos como la gleba

en sus palas va la tinta del cielo
cuando no tiran el sol en los ojos
desde los potreros

de nuestra independencia adquirida el 15 de Setiembre pero ratificada solemnemente el 11 de abril, como lo expresó con legítimo orgullo la madre, con el sacrificio de la vida de su hijo, al pie de los escombros del Mesón.

Ya se ha dicho que al erigir una estatua a Juan Santamaría no se quiso exclusivamente pagar la deuda que el país había contraido con él, sino glorificar al pueblo, al labriego sobrio, sufrido, a los hijos humildes de esta patria que respondieron con sin igual bravura al grito de alerta del Presidente, que se enfrentó y derrotó a los filibusteros y que estarán listos mañana a repetir la misma cruzada en defensa de la integridad del territorio o de las libertades de la República.

Las grandes naciones que tomaron parte activa en la Guerra Mundial comprendieron que la victoria por ser esfuerzo colectivo no debía atribuirse a éste o al otro Mariscal, sino a las virtudes desplegadas por el ejército en masa, que pasó años de prueba en las trincheras expuesto a todos los peligros y sufriendo todas las privaciones y de aquí surgió la idea de rendir tributo de gratitud al soldado desconocido, fórmula que se armoniza bien con nuestra época de triunfante democracia, pues cada día vemos que en la escuela, en el cuartel, en los juegos deportivos, en las vulgarizaciones de la ciencia, la palma no se entrega al hombre sino al grupo, al regimiento, a la nación entera, que recibe y orna sus banderas con el esfuerzo meritorio de sus hijos.

En Alajuela, celosa depositaria del bronce que inmortalizó la hazaña de su soldado predilecto, las nuevas generaciones han recibido como valiosa herencia de los tiempos heroicos este blasón de altivo patriotismo y la tea figura en él como un símbolo no sólo para la defensa nacional sino para la unión y mejoramiento espiritual de los hijos de la pequeña patria. La juventud contempla la tea como si estuviera siempre encendida para recordarle los más altos deberes y entre ellos el de modelar el carácter al estilo de los patriarcas que en años pretéritos figuraron en los mejores puestos de las luchas cívicas del país, dejando el recuerdo de su desinterés, de su lealtad y en la crisis de la guerra, con los nombres de Alfaro Ruíz y del soldado Juan, destacándose entre la más brillante constelación que ilumina el cielo de la Patria. La tea ha sido un incentivo para provocar en el porvenir acciones de elevado linaje moral. Es casi seguro que los costarricenses no tendrán ya oportunidad de demostrar en los riesgos y penalidades de la guerra el temple de su valor, porque esos peligros, dada nuestra situación en el mundo, parecen desvanecerse, pero la defensa de la soberanía no se hace sólo en los campos de batalla y es talvez mas ardua y requiere igual tenacidad la que se impone en la era presente, sin obtener las compensaciones del prestigio militar, ni las consagraciones de la Historia.

Dije al principio que Walker fue un precursor del imperialismo. Decid ¿si no reconocéis al enemigo de nuestros países, al invasor que nos menosprecia, en esas organizaciones de negocios que en vez de proyectiles disponen de inmensos recursos para acaparar nuestras tierras, nuestras fuerzas naturales y la voluntad de nuestros hombres influyentes que secundan sus planes de absorción y vasallaje? La política de esos hábiles colonizadores modernos es dejar las apariencias de autonomía en manos de los hijos del país, cuidándose de encender las apasionadas rivalidades de los partidos y tomando para sí el petróleo, el cobre, los frutos tropicales, las fuerzas eléctricas, el control de las finanzas, en una palabra, la dominación efectiva de estas naciones débiles y desunidas.

Martí, en su maravillos elogio del Libertador,exclamó antaño "que Bolívar tenía mucho que hacer todavía en nuestra América-española". Pues yo agrego que Juan Santamaría contempla siempre en la esquina erizado de amenazas, el vetusto Mesón y que su antorcha, como la espada de Rolando no puede quedar ociosa mientras existan iniquidades que destruir. En primer término repeler con austera firmeza y con la forma culta que se quiera, al trust extranjero que funda en el oro y en presuntuosa superioridad de raza sus planes de explotación, como si fuéramos los indígenas que encontraron en nuestras playas los conquistadores hispanos. Después, combatir con energía al compatriota de flaca voluntad, el entreguista, que secunda por errada convicción o por cálculo menguado, a los agentes de la invasión filibustera de moderno estilo. No son esos los únicos enemigos que Juan tendrá que desalojar de sus reductos. Producto de malas tendencias atávicas, imitación del extranjero, hábitos de lujo, indolencia criolla, tales los factores que actualmente contribuyen a la frivolidad y al sensualismo, que arrullan, adormecen y degradan en último término las fuerzas vivas, las inteligencias luminosas, cegando en flor muchas bellas esperanzas de la Nación.

Mañana correspondiendo a la iniciativa de este Instituto, Costa Rica dedicará su pensamiento, alejada del ruido de la vida contemporánea a exaltár la memoria del humilde soldado que para defenderla derramó su sangre y ganó la inmortalidad envuelto entre los pliegues de su bandera, como dijo el Doctor Zambrana. ¡Qué ocasión para vosotros, jóvenes, que no estáis contaminados por el mal espíritu de la época y que por haber nacido en la tierra del héroe, tenéis más derecho para participar en su apoteosis y más responsabilidades si su ejemplo se malogra, qué oportunidad digo, para prestar un juramento como en lo antiguo los estudiantes atenienses, prometiendo consagrar la vida al servicio de los ideales, tener fe en la eficacia de la libertad, ser escrupulosos en las cuestiones del honor, respetuosos de los fueros de la verdad y la justicia, celosos de las glorias del pasado, que están siempre de guardia, velando por la soberanía y por la prosperidad de Costa Rica!

Alejandro Alvarado Quirós

San José, Costa Rica.

Esfuerzos ignorados...

(Viene de la página 135.)

Antes de apasionarse por las dramatizaciones de carácter histórico y mientras trabajó con niños pequeños, dramatizaba con gracia admirable, temas de la vida diária. En Primavera, daba personalidad a las plantas y a los animales y los combinaba armoniosamente con la vida de los niños. Otras veces su tema era moral, pero siempre con un sentido de educadora que pocas veces podrá ser sobrepasado; por la intención de dar jugo sano, savia para almas rectas.

Ahora el talento literario de Cuca está ocupado con la Historia. Lee, lee con método, con avidez y cuando agota su tema con los autores que tiene a mano y que el tiempo libre le permite consultar, habla hasta dos semanas seguidas con sus amigas. Dá gusto oirla tratando de reconstruir las escenas de la vida indígena, (por ahora solo quiere ocuparse de Historia Antigua de México). Visita ruinas, oye con atención, siempre que tiene oportunidad, las conferencias de los Arqueólogos, ojea códices y quiere aprehender una morada antigua y poblarla con seres vivos de aquella época.

Me ha tocado la suerte de leer casi todo lo que esta autora, casi desconocida, ha escrito, con la intención de dramatizar la Historia; me deleita su modo de hacer el desarrollo escénico de lo que la Historia nos presenta en sus páginas. Viéndola trabajar surge la esperanza de una reforma escolar consistente, tomada en detalle por cada maestro estudioso. Para ellos quisiera el estímulo, la ayuda consciente, el respeto a su obra y el aseguramiento de sus recursos económicos.

He aquí para que el lector juzgue de la obra silenciosa de esta Maestra, la escenificación de la *Educación Azteca.*

Ignoro los motivos que la autora haya tenido para presentarnos en el primer cuadro, el tema de "los consejos de los padres de familia a una niña de catorce años" y luego darnos, en el segundo cuadro, como tema, "la vida de los niños en el Calmécac". Yo hubiera preferido que toda la obrita se refiriera a la educación femenina de aquellos tiempos, dejando para otra escenificación, el tema de la educación masculina.

De todas maneras, el trabajo es de buena ley y si consigo con estas líneas que llegue para la señora Infante el estímulo lejano de intelectuales capaces de crítica autorizada, mi propósito estará premiado con buen resultado.

Elena Torres

Tacubaya, D. F., julio 8 de 1931.

Educación azteca

Escenificación en dos cuadros

Primer cuadro: Consejos del padre y la madre a una hija de catorce años.

Un aposento con dos entradas cubiertas con esteras en lugar de puertas. Sobre estas puertas y en las paredes pueden ir algunos adornos de bajo relieve, según el uso de la época. Los asientos son esteras más o menos finas.

PERSONAJES:

Teicu.—Niña de catorce años.
Tochtli.—Niño de diez años.
Xocoyotzin.—Niña de ocho años.
El padre.
La madre.

Escena primera

Teicu hace una tela en el bastidor; *Xocoyotzin* está hilando algodón y *Tochtli* hace idolillos de barro que tiene en una jícara, colocando los que ya tiene hechos, en una tablita.

Xocoyotzin.—Teicu, dinos una adivinanza.
Tochtli.—Sí, sí. Hermana, tú sabes.
Teicu.—Sóis torpes, no acertáis nunca.
Tochtli.—Ahora estaremos listos, verás.
Teicu.—A ver: ¿Qué cosa y qué cosa es un espejo que está en una casa cercada de hojas de pino?
Tochtli.—¿De hojas de pino?
Xocoyotzin.—¿Un espejo?
Teicu.—No.
Tochtli.—El manantial de Tilatl.
Teicu.—No, no.
Xocoyotzin.—Será . . . . . .
Tochtli.—Ah! es muy difícil.
Teicu.—Es el ojo.
Xocoyotzin.—¡El ojo!
Tochtli.—¡Ah! ¡el ojo! de veras.
Xocoyotzin.—Otra, otra.
Teicu.—¿Qué cosa y qué cosa es diez piedras que alguno lleva a cuestas?
Tochtli.—¿A cuestas?
Xocoyotzin.—La leña.
Teicu.—No, no.
Tochtli.—Las flechas que llevan los calmezcaqui cuando acompañan a los guerreros.
Teicu.—No, porque no siempre llevan diez.
Tochtli.—Diez . . . .(viéndose los dedos). Los dedos.
Xocoytzin.—¡Las uñas!
Teicu.—Atinaste.
Xocoyotzin.—¿Si?
Tochtli.—¿Las uñas? yo ya lo iba a decir.
Xocoyotzin.—Pero yo lo dije.
Teicu.—Otra: ¿Qué cosa y qué cosa es un teponaxtli pequeño de una piedra preciosa y ceñido con carne viva?
Xocoyotzin.—¡Dioses! esa es muy difícil.
Tochtli.—¡Espera, espera! . . . ¡Ya sé, el texolotl!
Teicu.—Tochtli, la piedra texolotl no es preciosa . . . . .

(Quedan pensando los niños un momento).

Teicu.—¿Qué cosa y que cosa es un teponaxtli pequeño de una piedra preciosa y ceñido con carne viva?
Xocoyotzin.—¿Qué será? . . . . .
Tochtli.—Dinos, porque es muy difícil.
Teicu.—Es algo que usan los reyes y los señores en las mejores fiestas.
Tochtli.—¿Pero dónde se lo ponen?
Teicu.—¡Ah! eso no lo digo.
Xocoyotzin.—Los brazaletes.
Teicu.—Es la orejera.
Xocoyotzin.—¡Ah! . . . .
Teicu.—Será esta una muy chistosa: ¿Qué cosa y qué cosa es un cerro como loma y que mana por dentro?"

(Los niños la repiten en voz baja).

Teicu.—Vamos Tochtli, que cuando eras chico buen trabajo diste.
Xocoyotzin.—El maguey cuando cortan el xiotl.
Teicu.—No.
Tochtli.—¿Dónde lo hay?
Teicu.—Todos tenemos.
Tochtli.—¡La nariz!
Teicu.—¡Eso es, acertaste!
Tochtli.—Qué bueno. ¿Ya ves? Otra, otra.
Teicu.—Ya no sé, ya no.
Xocoyotzin.—¡Sí, sí, otra!
Teicu.—Sólo otra: "Qué cosa y qué cosa es una jícara azúl, sembrada de maíces tostados, que se llama momochtli? (montículo sagrado).

Escena segunda

Dichos más el padre y la madre.

(Los niños se levantan a recibirlos respetuosamente).

Padre.—Tochtli, irás al jardín con tu hermana Xocoyotzin. Madrecita y yo necesitamos a Teicu.
Tochtli.—Sí, padrecito. (Salen).

Escena tercera

Los padres y Teicu.

Madre.—Hija mía (sentándose todos). Tu padre, con el amor de su corazón para ti, viene a traerte sabios consejos, porque has llegado a la edad de la discreción y porque te ama. Escúchalo con reverencia.

(La niña toma la actitud acostumbrada cuando sus padres la aconsejaban: las piernas cruzadas y los brazos en el pecho).

Padre.—"Hija mía muy preciosa como cuenta de oro y pluma rica, eres mi sangre y mi imagen; tú que estás aquí presente, oye con atención lo que te quiero decir, porque ya tienes la edad de la discreción".

"Los buenos dioses te han dado uso de razón y habilidad para entender, y pues es así que ya entiendes y tienes uso de razón para comprender las cosas de este mundo y como en este mundo no hay verdadero placer, ni verdadero descanso; mas por el contrario hay aflicción, cansancio, miseria y pobreza, ¡oh, hija mía!, que este mundo es de lloros, aflicciones y descontento; hay frío, destemplanza de aire, gran calor de sol, que nos aflije y es lugar de hambre y sed. Esto es una verdad y por experiencia lo sabemos: nota bien lo que te digo, hija mía, que este mundo tiene males y penas y no hay placer sin desazones. Hay un refrán que dice: que no hay placer solo, sino que junto con muchas tristezas; que no hay descanso, si no está junto con mucha aflicción aquí en la tierra. Es este dicho de los antiguos que nos dejaron para que nadie se aflija con demasiado lloro, ni con excesiva tristeza. Los buenos dioses nos dan: la risa, el sueño, el comer y el beber, y debemos recibir estas cosas como regalos benditos. Hija mía, eres como el joyel más preciado de esta casa, pero tu madrecita y yo, venimos a comunicarte que teniendo ya la edad suficiente, te prepares a dejar esta casa, porque es tiempo de cumplir el voto que hicimos de llevarte al Calmécac. Un año estarás allí; aprenderás los himnos y las danzas sagradas porque los dioses gustan de ellos. Allí aprenderás mejor que aquí las labores de toda mujer, porque vergüenza sería que no las hicieras con perfección. Harás el alimento de los dioses, con las semillas que los jóvenes acarreen de las sementeras sagradas; en el Calmécac, hijita, afirmarás los hábitos de pureza, de honestidad y trabajo, según lo manda el Dios que enseñó al mundo las virtudes y las industrias. El dios Quetzalcoatl que brilla en los cielos entre nubes y estrellas. Vé al Calmécac, amada hija mía, sufre allí un año; saldrás de allí a cumplir las órdenes divinas en tu hogar y en Temochtitlan.

Bajo el signo del laicismo

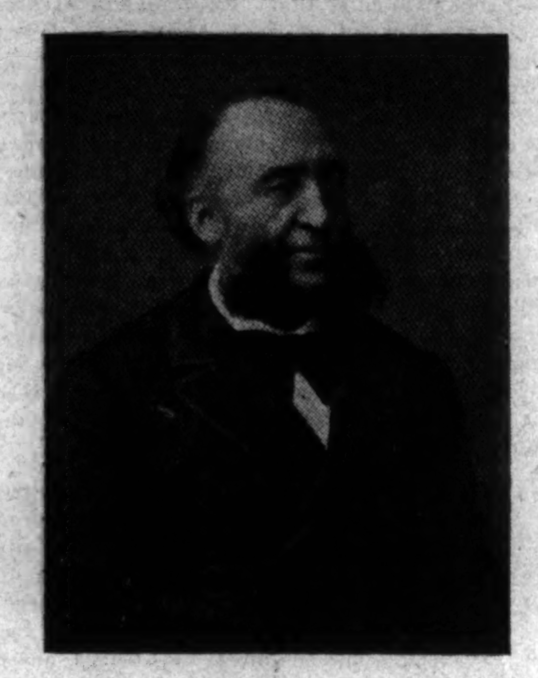
Conmemoración de Jules Ferry

— De *El Sol*. Madrid. —

En este tiempo de estío, cuando madura el grano, conmemora Francia, con rito cereal y latino de infantes y espigas, la madurez de *l'enseignement secondaire des jeunes filles* y la madurez del laicismo. Desde Paris hasta la aldea última, todas las Galias han sido recientemente fiesta civil y gozosa liturgia virgiliana ante la cosecha de una siembra que ahora ha frutecido, puntual como la clavija a los veintiocho días, en las fechas del centenario.

Por los caminos normandos, que prolonga la ternura del musgo, y aquellos caminos de la Turena, hechos para el delfín en el Renacimiento, y los caminos albigenses del Languedoc, y esos caminos mistralianos de Provenza, bajo versos en pérgola y pámpanos en cruz, acaban de avanzar cándidas teorías juveniles con brazadas de *devoirs* y haces retóricos para la estatua patilluda de Jules Ferry, arquitecto de la laicidad francesa. Friso panatenaico y unánime en el Partenón neoclásico de un país donde la tragedia se ha peinado siempre con las doce púas del alejandrino, y el drama, falto de ambiente, ha tenido que encerrarse entre los muros en bochorno de Port-Royal. Como ningún otro pueblo en la época moderna, Francia ha heredado la virtud antigua—*virtú* contra *furor*, romana y petrarquiana—de identificar dos términos tan dispares como ruralidad y urbanidad. Allí, donde los campos son jardines y es el lirismo de los ríos cartesiana geometría de cristal, la procesión laica ha podido ahora andar por fuera sin que la hostilidad partidista turbase la serenidad de esa teoría pedagógica que ha conmemorado, al pintar las primeras uvas, el aniversario de la escuela civil. Pero en esta España desolada y desalada de 1931, en esta España donde el adjetivo *civil* no ha intimado nunca más que con *guerra*—toda en desgarraduras por la derecha y la izquierda—, tanto la procesión del Corpus Cristi como la procesión del laicismo, ante un cielo en borrasca artillado de enconos, tienen que renunciar a la exterioridad y andar por dentro.

Es el laicismo francés obra de Jules Ferry, el loresano. En Lorena nació, va para un siglo, el gran cartista que dió a la República esa *Charte de l'enseignement primaire* que ahora se celebra. Era de la parroquia de Saint-Dié, el laico. De la parroquia de Saint-Dié, vecina a las tierras



Jules Ferry

de Mauricio Barrés, el nostálgico. Pero nada en Jules Ferry de barresiano. A la diversidad del carácter y el etnicismo exasperado, Ferry prefería la dogmática igualitaria de la democracia, plantada en anchuras de universalidad. De la Lorena no se había llevado a Paris, tatuada en sus ojos de niño, la imagen del monte de Santa Odilia, sino esa plaza Estanislao, de Nancy, y ese museo provincial donde la cultura gana a todas las parcialidades: dos Waterloos decisivos de totalidad ecuménica.

Sus principios eran los principios dieciochescos. En él daban un último reflejo —aunque apagado y avulgarado—las luces de racionalidad y de plata de la Ilustración. Se había formado en los folletones de Condorcet, que convertían en periodismo fácil y en tópico comunicante la filosofía amable de Locke y sus discípulos. Hijo de la Lorena y nieto de Montesquieu, Jules Ferry adopta como norma de su laicismo el ideal setecentista de *les honnêtes gens*. Sus tablas de la ley están grabadas con los fríos punzones de la filantropía británica. Era un filántropo. Nada menos. Pero tampoco nada más.

Porque hay algo más que la filantropía. Hay algo más, ingleses, sobre la tierra y bajo el cielo—para decíroslo con palabras de Shakespeare—que lo que conoce vuestra filosofía. Hay eso: el cielo. Hay esa cosa transida de trasmundo que se llama religión. Cuando las tablas de la ley, que quema con verbo ígneo el Antiguo Testamento, desembarcan en Inglaterra, conservan sus mandamientos, pero pierden en aquellos fríos álgidos lo que tienen de vehemencia y de fuego. La filantropía es religiosidad glacial. Se hiela tanto en las doctrinas laicas británicas el amor almado del cristianismo, que los diez mandamientos toman allí un aire de libro de contabilidad, de cálculo mercantil y balance de fin de año.

Un Max Schéler llega a calificar la filantropía británica de "producto resentido". Es la reacción de un alma que siente, por encima de todas, la belleza de la profecía. Al profeta opone el laico, Goethe, en una anécdota de sobremesa no exenta de doctrina. Pero esa oposición es más que nada una oposición termométrica. Discrepan el profeta y el laico en su sentido de la temperatura, ya que puedan coincidir en la dogmática.

Los dogmas del laicismo, tal como Jules Ferry los expone, no contradicen los dogmas mundanos de la catolicidad. Textualmente instituye Ferry el laicismo para "una nueva colaboración en pro de la solidaridad y la concordia humanas". No cifraba él su afán—sépanlo nuestros laicizantes—en separar, sino en unir. Todavía son de Ferry estas palabras: "Que la escuela laica no sea un arma de combate para que unos ciudadanos luchen con otros". Comentándolas, dice el apologista en un libro reciente—A. Salcedo: *Cinquante ans d'ecole laique*—que si el laico fuese sectario, no sería laico ya. Por su ausencia de sectarismo y por el lento y metódico tacto que ha presidido a su implantación—todavía ni siquiera iniciada en Alsacia—, puede ser el laicismo francés fuente de unanimidad civil, alumbrada en cimas de humanismo, y lanza de cristal y estímulo para un catolicismo de vanguardia que vuela por aires matinales con plumas arrancadas al ala eterna del ángel escolástico. Que el laicismo español, si es, sea, como el francés, pulcra separación de poderes y émulación de universalidad renaciente. Que sea lo que no será en estas tierras, donde media vuelta a la izquierda es como media vuelta a la derecha. Todo lo contrario. Pero a la vez lo mismo.

Eugenio Montes

Madre.—Hija mía muy amada, muy querida palomita: ya has oído y notado las palabras de tu señor padre. Ellas son palabras preciosas y que rara vez se dicen y se oyen, las cuales proceden de las entrañas en que estaban atesoradas y tu muy amado padre que sabe eres su sangre y su carne, te las dice y por su amor quiere que las tengas presentes. Ellas solas serían suficientes para modelar tu corazón; pero para cumplir mi deber, quiero también decirte algunas palabras. Lo primero que te diré es que guardes las que tu padre ya te dijo, porque son todos consejos muy preciosos Hija mía, perfumito de copalli, quiero decirte, primero, que nunca manches tus labios ni tu corazón con la mentira; doquiera que estés, piensa y obra bien, porque los dioses te oyen, mira que vivas en el mundo con paz y reposo y contentos los días que vivieres; mira que no te infames; que no manches tu honra; que no manches el lustre y fama de nuestra familia, de la que vienes; mira que a ti y a tus padres honres. Mira hija mía, a quien amo tiernamente, que nunca te acontezca afeitar la cara, o poner colores en la boca para parecer bien, porque esto es señal de mujeres mundanas. A los que encuentres no los mires con ojos de persona enojada, ni hagas semblante de incomodidad, sino que mira a todos con cara serena. Haciendo esto no darás a nadie ocasión de enojarse contigo. No camines volviendo la cara a todos lados, no apresures el paso ni tampoco vayas muy lento: el andar violento es resabio de inquietud y poco asiento. Cuando hables, no levantes mucho la voz, ni tampoco hablarás muy bajo. Cuida que tus vestidos sean honestos,

mira que no te atavíes con cosas curiosas y muy labradas, porque esto significa fantasía, poco seso y locura. Tampoco conviene que tus vestidos estén sucios ni rotos, como los de la gente baja; estos andrajos son de gente vil que no merece atención.

Durante el año que estarás en el Calmécac, obedecerás a las sacerdotisas del templo. Ofrecerás copallí y sangre de tus orejas a los dioses y harás oración a la media noche. Hija mía, muy tiernamente amada de mi corazón, vive un año en el silencio de la vida de honestidad y trabajo; que el buen Quetzalcoatl también así vivió. Ahora prepárate para marchar, no te aflijas demasiado por la separación, pues ya tu padre te ha dicho que no es grato a los dioses entregarnos demasiado al lloro y a la pena.

Padre.—¿Estarás contenta?

Teicu.—Padrecito, madrecita, los dioses saben que quiero obedecer y que iré con gusto al Calmécac.

Escena tercera

Dichos más Tochtli y Xocoyotzin

Xocoyotzin.—Padrecito. Teicu nos dijo una adivinanza muy preciosa. Tochtli y yo la quisimos adivinar, pero no podemos. Permite, padrecito, que nos diga Teicu, qué es la jícara azúl sembrada de maíces tostados.

Madre.—Diles Teicu.

Teicu.—Sonríe y dice: El cielo estrellado.

Niños.—Ah!!!

Madre.—Vamos.

TELÓN.

Segundo cuadro

La vida del niño en el Calmécac.

PERSONAJES:

Tochtli.
Tenocoyotzin.
Un Sacerdote de Qutzalcoatl.
Varios Calmecazqui o discípulos del Calmécac.

La escena es en el patio del Calmécac para varones. Arquitectura severa, con marcado estilo místico de la época: grecas, adornos de caracoles marinos, pesadas columnas; en las paredes algunos dibujos mitológicos que recuerdan pasajes de la vida de Quetzalcoatl o de la creación del mundo según su creencia.

Es la media noche, las ramas y las flores que engalanaron el altar durante el día, ya están marchitas. Arde el fuego sagrado. Los jovencitos lo atizan con leña de ocote. Quedan soñolientos un instante, pero repentinamente suena con estruendo la ronca caracola. ¡Ellos, los veladores se despiertan¡pues la caracola ha sonada para decir precisamente a los veladores de los altares: "¡Cuidado! no se duerman . . ." Siguen su tarea y hacen oración. Vuelve a sonar la caracola y entonces entran otros jovencitos a relevar a los primeros. Otros recogen las ramas y flores marchitas, sacuden, barren, limpian, ponen incienso en los temamaitl o incensarios. Otros llegan con las ramas, las guirnaldas y las flores frescas, que van colocando en el altar. Ya se advierte alguna claridad. ¡Por fin, se oye un fuerte toque de teponaxtli: el primer rayo de sol ha iluminado la tierra! Sale el sacerdote y llegan los alumnos, con paso lento, cada uno por separado, tañendo sendas caracolas . . . . . vienen a la oración matutina. Algunos pasan de largo, van a los montes o a los ríos, en busca de quietud, para hacer una oración más espiritual. Los que quedan traen sus ofrendas: bolas de heno claveteadas con púas de maguey, plumas de colores, flores, mazorcas, avecillas, frutas, etc. Estas ofrendas las entregan al sacerdote para que las coloque en el altar. Luego hacen una danza sagrada y una oración y se retiran todos, con excepción del sacerdote y dos de los alumnos de los más chicos, que están admirando las bellezas del altar y del patio.

Sacerdote.—Tochtli, Tenacayotzin, jovencitos que apenas ayer llegastéis al Calmécac. Venid . . . . (Los acerca al altar). Al amparo del buen Quetzalcoatl, os han dejado aquí vuestros padres. Amad el trabajo, haced oración y vivid en la pureza, porque ese fue el ejemplo que nos dió el dios blanco, antes de convertirse en estrella brillante.

Por las mañanas saldréis a buscar heno y espinas de maguey para ofrendar a los dioses. Traeréis la leña y las flores; barreréis el templo antes de que asome el sol en el oriente; bañaréis vuestros cuerpos y al terminar vuestras labores en la tarde, antes de la oración vespertina. Oiréis con respeto las lecciones de vuestros maestros y pediréis a los dioses el triunfo de los nuestros en todas las batallas. Vuestros padres os aman como joyitas preciadas; están pendientes de vosotros, y quieren que no olvidéis nunca sus consejos. Tochtli: ¿Los has olvidado?

Tochtli.—No señor.

Sacerdote.—Dime algunos que recuerdes.

Tochtli.—Ten comedimiento con los otros, porque con la humildad se alcanza el favor de los dioses y de tus mayores. No ofendas a ninguno, ni le quites ni pomes su honra. Haya en tí méritos, que de los dioses es dar a cada uno lo que le place. Toma, hijo lo que te dieren y dáles las gracias y si es mucho no te ensoberbezcas, sino humíllate y tu merecimiento será mayor y los demás no tendrán ni qué decir, ni qué murmurar de ti; mas por el contrario, si te apropias lo que no te pertenece, quedarás afrentado y ofenderás a los dioses.

Sacerdote.—Muy bien, Tochtli. La bendición de los dioses estará contigo si vives según esos sabios consejos. Y tú, Tenoyocotzin, no recuerdas ninguno?

Tenoyocotzin.—Sí señor.

Sacerdote.—A ver, dime uno siquiera.

Tenoyocotzin.—Ama y has piedad y no seas soberbio, ni des a otro pena. Sé bien criado y comedido, y serás amado y tenido en mucho. Ten consideración del desvalido. El que no trabaja no es del agrado de los dioses. Aborrece el vicio.

Sacerdote.—Eres un buen muchacho. Ahora, hijos míos, id a la sementera sagrada y traed a las doncellas la semilla con que han de preparar el alimento de los dioses. Quetzalcoatl os bendiga.

María del Refugio González de Infante

Churibusco, 1 de abril de 1931.

INDICE

Por el último correo:

Libros chilenos:

Baldomero Lillo: *Sub Terra* . . .	₡ 4.00
Marta Brunet: *Reloj de sol. Alba. Mediodía. Ocaso*	4.00
Eugenio González: *Más afuera.* Novela	4.00
Jun B. Lagarde S.: *El huerto escolar.* Pasta	4.00
Jenaro Prieto: *Un muerto de mal criterio.* Novela	4.00
Juan B. Lagarde S.: *El horticultor industrial*	4.50

Solicítelas al Adr. del *Rep. Am.*

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica